

BOLSEROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

certificado de defunción

vic logan



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

VIC LOGAN

CERTIFICADO DE DEFUNCION

Colección PUNTO ROJO n.º 607

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 38.832 - 1973

ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1973

© VIC LOGAN - 1973

texto

© JORGE NUÑEZ - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Collonges, a orillas de la Saône, forma parte de la comunidad urbana de Lyon.

A la hora del mediodía, con un benigno sol primaveral reflejándose en las aguas del río, el panorama era de una paz bucólica, tranquila.

El pescador, un hombre joven, rubio, de tez tostada, consultó la hora y avanzó perezosamente hacia el sector donde los sauces inclinados hacia el curso del río dejaban que sus ramas besaran el agua.

El pescador extrajo del macuto unos prismáticos y sonrió levemente mientras enfilaba hacia una loma arenosa, al otro lado de los árboles.

Desde lo alto graduó los prismáticos y se puso a observar hasta encontrar el punto que buscaba. Era una pequeña casa rodeada de jardín y protegida por una tapia de ladrillos. Más allá estaba el pequeño cementerio con sus tumbas, panteones y oratorios.

El pescador volvió a fijar su atención en la casa rodeada del muro y centró los prismáticos en una ventana del primer piso. Estaba abierta de par en par. Era un dormitorio.

El hombre esperó pacientemente como si tuviera de antemano la seguridad de que allí ocurría algo interesante, o por lo menos digno de ser observado.

El montículo arenoso era un perfecto observatorio. Por lo demás, la casa estaba situada a una cincuentena de metros, allá donde la Saône describía una curva, dejando la finca prácticamente a sus orillas.

Lo que el pescador esperaba ver tras sus prismáticos, se produjo en aquellos momentos.

Una mujer joven —28 años exactamente y el pescador lo sabía—, apareció por la puerta que comunicaba con el baño. Se cubría

únicamente con una toalla con la que estaba secando su piel sonrosada, ignorando la curiosa admiración que su desnudez despertaba a cincuenta metros de distancia.

No era la primera vez que él pescador hacia aquello. Lo demostraba el hecho de conocer la hora más o menos exacta que la dueña de aquella casa tenía por costumbre bañarse.

—Ahora soltará la toalla y se pondrá la bata —murmuró el hombre seguro de que iba a ocurrir así.

Por la expresión de sus ojos, cualquiera hubiera podido adivinar las diferentes fases por las que pasaba la mujer observada en la intimidad.

—Bueno... Ya se ha puesto la bata... Ahora al teléfono —siguió el pescador sin dejar de observar la ventana con los prismáticos.

Efectivamente la mujer tomó el teléfono que estaba en una de las mesitas de noche y marcó un número.

Lo que el pescador no podía era oír la conversación, pero eso le importaba poco. Aunque en verdad ya sabía a quién llamaba.

—Si su marido viene a comer se vestirá —murmuró—. Si no, seguirá en bata para prepararse la comida.

Siguió atento la escena hasta que ella colgó.

—¡Vaya! Hoy no se desnuda. Eso quiere decir que su marido no vendrá a almorzar —añadió.

Al dejar de mirar se encontró con el gendarme que le estaba observando con una expresión ambigua.

—¿Se terminó el espectáculo, Jacques? —preguntó.

—¡Hola, Paul! Me gusta otear el horizonte —sonrió el pescador guardando los prismáticos en el macuto.

—Yo ya sé cuál es tu horizonte, Jacques... Y algún día vas a llevarte un disgusto.

—Le aseguro que no miro nada determinado, Paul.

—No, pero tendré que advertir a la señora Dalman que cierre sus ventanas... por si acaso.

—¡Eh, eh! —protestó Jacques—. Es usted muy mal pensado.

—Ten cuidado, amiguito. Es una advertencia. ¿Eh? —Y cambiando de tema preguntó—: ¿Comes aquí hoy?

—Sí... La pesca me ha ido bien. Estoy aprovechando las vacaciones.

—Tú siempre estás de vacaciones. Acabarás convirtiéndote en

un vagabundo.

—Yo no soy un vagabundo. Tengo un taller.

—Que siempre lo tienes cerrado. Bueno. Yo me voy a comer, y cuidado con esos prismáticos.

Jacques sonrió, mientras el gendarme se alejaba por el sendero del río.

Al fin se sentó al lado de la cesta. Dentro coleteaban cuatro magníficas truchas.

Mientras preparaba el fuego, lanzó un suspiro pensando en la mujer de la casa cercana al río.

—¡Oh... Nicole Dalman... qué mujer! ¡Qué mujer más estupenda! —dijo de todo corazón.

Jean Dalman se hallaba sentado en su despacho de la Rue de la Republique en el corazón de la ciudad.

Jean acababa de cumplir los treinta y tres años, vestía con elegancia, pero había expresión amarga en su semblante.

En esos momentos observaba cómo su joven secretaria seguía con el dedo índice una carrera que acababa de hacerse en la media.

—¡Otro par! —dijo la muchacha haciendo un mohín de contrariedad.

—Si vas a cambiarte las medias no lo hagas aquí, Ivonne —comentó Jean volviendo la mirada a unos papeles que tenía sobre la mesa de despacho.

Ivonne, que además de secretaria era prima de la mujer de Jean, sonrió divertida con todo el frescor de sus veinte años.

—¿Qué te pasa, primo? ¿Te pones nervioso de ver mis piernas? —Chasqueó la lengua en son de burla—. ¡Oh, oh... a que resultarás un reprimido!

—No estoy de broma, Ivonne. Te lo ruego. Déjame solo. Estoy esperando a un cliente.

—¿A esta hora?

—Sí. Vete a comer a la cafetería. Son ya las doce y diez minutos.

—¿Tú no vas?

—Te digo que estoy esperando a un cliente —repuso Jean con acritud.

—Bueno. No es necesario ponerse así. Yo no tengo la culpa de que las cosas no te vayan bien. ¡Hummm! Hace unos días que estás de un humor que ¡ya, ya!

Se encogió de hombros, tomó el bolso y se marchó.

El despacho tenía una antesala que comunicaba con la *toilette* que es donde se dirigió Ivonne para cambiarse de medias.

Entonces sonó el teléfono en el despacho de Jean que lo tomó inmediatamente para escuchar una voz familiar:

—Jean... Soy yo, Claude. Te llamo desde el Banco.

—¡Ah, sí, Claude! ¿Qué hay de ese asunto?

—Lo siento, tengo malas noticias. No se puede hacer nada...

—Pero en estos momentos no puedo pagar ni los intereses de la hipoteca, Claude. Te expliqué cuál era mi situación. Tengo algunos cobros pendientes y...

Desde el despacho del Banco, Claude, un hombre joven y bien parecido atajó a su interlocutor, como si le desagradara enormemente aquella conversación.

—Mira, Jean... Conozco tus apuros y si de mí dependiera podrías contar con ese aplazamiento, pero el Banco no es mío. Debes comprenderlo. Ya es la segunda vez que se produce la demora...

—Pero, Claude...

—Lo siento, de veras. No puedo hacer nada.

—Uno ya no puede contar ni con los amigos.

—Jean... Existe una junta para la revisión de las hipotecas. Han averiguado ciertas cosas. Los informes son poco favorables. Saben que el negocio va mal. No te preocupes. Esto es confidencial, pero el Banco no quiere arriesgarse.

—O sea que... no hay ni crédito, ni puedo contar con un aplazamiento para el pago de la hipoteca. —Y Jean en aquellos momentos pareció envejecer diez años. Era un hombre cansado, aturdido.

—Yo... Yo tampoco puedo prestarte nada, Jean. Lo haría. Sabes que os aprecio mucho tanto a ti como a Nicole y...

Jean no contestaba, de repente le costó trabajo respirar con naturalidad.

—¡Jean! ¿Qué te ocurre? —inquirió el del Banco notando algo raro.

No obtuvo más respuesta que una respiración fatigosa. Luego, Jean soltó el auricular y se llevó las manos al pecho.

—¡Oh! —exclamó con un grito quedo y profundo.

—¡Jean! —gritó Claude desde el otro lado del hilo. Ivonne, la joven secretaria de Jean entró en aquellos momentos para decir algo a su jefe.

Apenas abrió la puerta tuvo tiempo de verle caer hacia delante chocando con la cabeza contra la mesa. La muchacha lanzó un grito de espanto.

Jean había quedado completamente inmóvil.

La ambulancia le había trasladado rápidamente al hospital, mientras ya por el camino le era aplicado un suero gota a gota y el electrocardiógrafo reproducía los débiles latidos del corazón de Jean Dalman.

Había sido la propia Ivonne quien avisó por teléfono a su prima Nicole, la esposa de Jean.

Cuando Nicole llegó al hospital, se encontró con los médicos que salían de la sala de urgencias.

—¿Es usted su esposa? —preguntó un hombre ya maduro enfundado en una bata azul celeste.

—Sí... ¿Cómo está?

—Soy el profesor Laforet... Su esposo ha sufrido un ataque cardíaco.

—¿Es grave...?

—Me temo que sí, señora —repuso el profesor tras un silencio lleno de terribles presagios.

—¡Dios mío! ¿Dónde está? Quiero verle...

El profesor cambió una mirada con sus colegas. Al fin murmuró:

—Su esposo... ha muerto, señora Dalman.

Un grito salió de lo más profundo de aquel cuerpo esbelto. El sereno rostro de la mujer se contrajo en una mueca de dolor moral y por un momento sintió que se iba a desvanecer. Los médicos la sostuvieron y entre brumas creyó oír al profesor que decía:

—Hemos hecho todo lo humanamente posible, señora Dalman...

Pero ella sólo tenía en su mente aquellas terribles palabras:

«Su marido ha muerto, señora Dalman».

Su marido ha muerto...

SU MARIDO HA MUERTO.

El entierro salió al día siguiente del hospital. El coche mortuario se dirigió hacia Collonges.

En el pequeño cementerio cercano a la casa rodeada del muro fue descargado el féretro con tapa de cristal. Jean tenía un aspecto tranquilo y Nicole no podía apartar los ojos de su rostro.

Fue entrado en el oratorio que el propio Jean había hecho construir unos años antes. Luego lo dejaron frente al pequeño altar sobre una losa, mientras un par de hombres procedían a abrir la sepultura lateral cerrada con llave.

El interior era como una recámara cuadrada de dos metros de lado y una altura como la de un hombre corriente. Estaba vacía y húmeda.

Allí entraron el ataúd. Era el primero de los Dalman que ocuparía el tétrico recinto. Su propio dueño.

Nicole quedó fuera y esperó a que los dos hombres salieran. Uno cerró con llave y se la entregó.

—La acompaño en el sentimiento, señora —dijo.

El otro se limitó a una inclinación de cabeza.

Tras Nicole se hallaba Claude, el joven apoderado y amigo de la familia; estaba también Ivonne, y ya fuera del oratorio se hallaba un breve acompañamiento de amigos de los Dalman.

—¿Has avisado a tu madre? —preguntó Claude.

Nicole negó con la cabeza.

—He preferido no hacerlo. Está delicada y vive lejos. Hubiera sido un golpe. —Nicole estaba algo más serena, pero no podía evitar aquella enorme tristeza que sentía.

La sacaron afuera suavemente.

—Si quieres venir a mi casa unos días... Nos arreglaremos —murmuró Ivonne.

—No sé lo que voy a hacer todavía.

—No conviene que estés sola —adujo Claude—. Creo que tu prima tiene razón.

—No quiero molestar a nadie. Tendré que acostumbrarme a vivir sola.

—Solamente serán los primeros días, Nicole —volvió a intervenir Claude—. Luego debes sobreponerte. Éste... éste es un trance para el que nunca hay palabras, pero quiero que sepas que cualquiera que necesites...

—Gracias, Claude —atajó ella.

—Dentro de unos días hablaremos... Es sobre cierto asunto...

¡Dios mío! Casi me siento responsable de lo ocurrido. Jean estaba hablando conmigo y...

—Nadie tiene la culpa, Claude. Y gracias por todo. Voy... Voy a despedirme de los amigos. Todos se han portado muy bien. Nadie... Nadie me ha dejado.

No. Nadie la había dejado, ni siquiera Jacques el pescador medio vagabundo. Se hallaba en un rincón apartado, entre las tumbas. Aquella vez podía observar sin necesidad de prismáticos.

Todos se habían ido ya.

Nicole viajó en el automóvil de Claude en unión de su prima. Al fin la había convencido de que por lo menos aquella noche la pasara en su casa.

Ivonne vivía en un pequeño estudio que se componía de dos piezas, el salón y el dormitorio. Era un lugar coquetón y juvenil cien por cien. Algunos pósters adornaban parte de un entrepaño. En un estante había una copa que hacía referencia a un título de natación ganado por la joven, fotos de cantantes más o menos del momento, un tocadiscos automático, una mesita que servía para todo y estaba atiborrada de libros, revistas, un par de bolsos y otras cosas en perfecto desorden.

Al fondo había un hornillo para preparar comidas sencillas y al lado una cocina con horno, un grifo y una piletta de porcelana para fregar las vajillas y vasos que se guardaban en un armario empotrado en la pared.

—Voy a darte demasiado trabajo —murmuró Nicole sin quitarse el abrigo de entretiempo.

—¡Qué va! Tendrás que perdonarme por estar todo revuelto, pero en un momento lo arreglo.

—Esta tarde tenías que salir con Claude, ¿no?

—No habíamos quedado en nada concreto, pero no pensarás que iba a dejarte sola, ¿eh?

—Tú y Claude... —empezó la viuda.

—¡Oh! Nada serio por el momento. Salimos y nada más...

—Claude es un buen muchacho.

—Sí, pero... Apuesto a que le gustas más tú que yo.

—Y enseguida que lo hubo dicho se dio cuenta de que no había sido oportuna. —¡Oh! Disculpa. No debí haber dicho esto.

Para Nicole no era un secreto de que Claude había estado

enamorado de ella, y puede que aún lo estuviera.

Mirando hacia atrás, pensó en los cuatro años de matrimonio vividos junto a Jean. ¡Cuatro años tan solo! Y le parecían toda una vida, porque en realidad a partir del momento de su muerte había puesto punto final a una etapa.

Se sentó en el sofá en silencio.

—Yo... Yo dormiré en el sofá. Te cedo mi habitación.

—¿Crees de veras que podré dormir, Ivonne? —murmuró la viuda sin mirar a ninguna parte en concreto, pensativa, ajena a todo, lejos de aquel estudio lleno de vida, a solas consigo misma, con sus recuerdos, con su soledad.

—Tienes que intentarlo... Te daré un somnífero. Yo no los uso. Me los recomendaron una vez, durante una temporada que pasé atacada de los malditos nervios. Son muy buenos —fue en busca de ellos y regresó con un vaso de agua y un par de comprimidos.

—¿Los quieres ahora o prefieres tomar algo?

—No. No quiero nada... Ni esto tampoco.

—¡Mira, Nicole! Son las siete, y ya has pasado toda una noche en vela. Debes dormir.

—No. Me iré a mi casa. Es mejor que me acostumbre a estar sola desde el primer momento.

—Pero esto es absurdo... ¿Es que he hecho algo mal?

—Al contrario, Ivonne. Pero estoy decidida. Mi sitio está allí. Luego ya decidiré lo que voy a hacer.

Así lo hizo. Salió a la calle, el aire húmedo del Rhône le sentó como una caricia. Su pelo revoloteaba ligeramente.

Anduvo sin rumbo, como si necesitara agotarse más, aturdirse hasta el máximo para ser incapaz de pensar.

Comenzaba a oscurecer cuando vio el autobús verde que se dirigía hacia Collonges. Lo tomó como un autómatas.

Había un par de personas conocidas que intentaron hablar con ella. Y Nicole tuvo idea de contestar ambigüamente a las preguntas, de replicar con monosílabos incoherentes a lo que le decían.

De repente se encontró en la parada que debía bajar para ir a su casa. Ni siquiera se había dado cuenta. El conductor amablemente le indicó:

—¿Baja usted aquí, señora? —El hombre también la conocía.

Salió del autobús sin despedirse. Andaba de forma maquinal,

derecha a su casa, a una casa que iba a encontrar vacía.

Cruzó la corta calle bordeada de acacias y al fondo estaba la puerta que daba acceso al patio de su casa.

Ni siquiera advirtió que junto a uno de los árboles de la plazoleta a orillas de la Saône estaba aquel individuo del pelo rubio que parecía observar la casa. Ahora la miró a ella de una forma que no podía ocultar el deseo íntimo que sentía dentro de sí.

Ella abrió la puerta, empujándola. Nunca la cerraban. Cruzó el patio por entre los parterres de flores y estirajo del bolso la llave para abrir.

Entró en el momento en que el reloj del salón comenzaba a dar las nueve campanadas de la noche.

Cerró y avanzó sin encender la luz. Se dirigió al lavabo de la planta baja y se encerró durante algunos minutos para volver a aparecer ya sin el abrigo. Entonces dio la luz que alumbraba el rellano superior de la escalera que arrancaba desde el centro de la estancia. La casa era antigua, no muy bien distribuida, pero había espació de sobra para dos personas.

Subió la escalera. En lo alto había un lugar cuadrado que distribuía las dos únicas piezas del piso superior. Su dormitorio y el cuarto de los invitados.

Se dirigió hacia el primero y sin encender la luz se tendió en la cama para llorar en silencio.

Perdió de nuevo la noción del tiempo, si es que alguna vez volvió a recuperarla.

Tenía idea de haber oído sonar nuevamente el reloj, pero ignoraba la hora que era.

Las once menos cinco minutos.

A través de los cristales de la ventana podía ver el cielo, brillante, presagiando una gran bonanza para el nuevo día.

El resplandor de la luna proporcionaba a la estancia una luz tenue.

Abajo, al otro lado del sendero, las aguas del río brillaban en su plácido discurrir reflejando la clara noche.

Al otro lado, cerca de la plazoleta y en dirección hacia la casa avanzaba una sombra.

En aquella hora que muchos se habían acostado ya y los que no, estaban a punto de cerrar los televisores, la sombra solitaria

procuraba que sus pasos no resonaran sobre las baldosas de la acera.

Estaba a cincuenta metros de la casa y sus ojos escrutaban en derredor.

Nicole no sentía el menor deseo de desnudarse, ni de hacer nada. Continuaba con su actitud pasiva, tendida de espaldas sobre la cama y la mirada fija en el techo.

La sombra seguía con paso firme. Era el único ser viviente de aquellos contornos. Por lo menos el único que estaba en la calle.

El

tic-tac

del gran reloj de salón de la casa era el único ruido interior.

En la calle reinaba el silencio más absoluto.

El hombre estaba ya a veinte metros de la casa. Se detuvo unos instantes y respiró con alguna dificultad, luego prosiguió.

El airecillo suave de la noche hacía batir las ramas del arbolado.

El hombre prosiguió su camino.

Cuando por fin llegó ante la verja de la casa se detuvo un instante para mirar hacia atrás y hacia los lados.

No, no había nadie.

Empujó la verja y entró para caminar a través de la doble hilera de parterres hacia la entrada del pequeño edificio.

Al llegar a la puerta se detuvo otra vez y al cabo de unos instantes se decidió a llamar con los nudillos.

Desde la alcoba, Nicole no pudo oír los leves golpes que el hombre se apresuró a repetir con más insistencia.

Nicole aguzó el oído como si le hubiese parecido oír algo. Se sentó en la cama y escuchó otra vez.

El hombre decidió llamar nuevamente, pero esta vez utilizando el timbre que hacía sonar unas alegres campanillas en el interior de la casa.

La llamada sobresaltó a Nicole, que se puso en pie y vaciló.

Se preguntaba quién sería y decidió esperar unos momentos, pero la campanilla volvió a sonar con insistencia.

Nicole se encaminó hacia la otra habitación que daba en la parte frontal de la casa. Asomó por la ventana, pero el que llamaba estaba situado bajo la pequeña marquesina que protegía la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Nicole.

El hombre salió de debajo de la marquesina y miró hacia lo alto. La propia sombra que la pared proyectaba al suelo oscurecía aquella parte y por eso Nicole no pudo reconocer a la silueta, pero sus ojos se agrandaron al ser presa de un presentimiento.

—¿Quién...? —repitió con apenas un hilo de voz.

Entonces una voz conocida que habló muy quedamente respondió:

—Soy yo, Nicole. No te asustes... Ábreme la puerta.

La mujer no pudo evitar que un escalofrío recorriera su columna vertebral.

—¡No! —exclamó en un susurro.

Sintió un mareo y tuvo la sensación de que iba a desmayarse, pero se sobrepuso, tenía que hacerlo...

—Por favor, Nicole... No sabía cómo hacer para no darte un sobresalto. Ábreme.

Ya no le cupo la menor duda. Estaba segura, aun no viéndole el rostro sabía que aquel hombre era...

SU MARIDO.

Había bajado la escalera primero lentamente, luego corriendo. Al fin llegó a la puerta y tiró del cerrojo automático.

Frente a ella apareció el hombre.

Sí. Era él. Era Jean. ¡Su marido!

Se miraron unos instantes.

¿Acaso no debía sentir júbilo por tenerle nuevamente ante ella?

De repente se encontró en sus brazos. Él la estrechaba como sabía hacerlo siempre, con el mismo calor, con el mismo ímpetu. Sí. Su Jean estaba vivo.

¡Vivo!

—Dame algo de beber, querida —musitó él al fin—. Lo necesito.

CAPÍTULO II

El reloj había dado las once de la noche.

El matrimonio se hallaba en la habitación. Jean estaba sentado sobre la cama y Nicole junto a la ventana, en pie, con las cortinas corridas.

—¡Dios mío! Debió ser horrible... cuando te encontraste ahí dentro, metido en el ata... ¡No quiero ni pensarlo!

—No. No es agradable, por supuesto —murmuró él—. Pero presentía que esto podía ocurrir. La idea de ser enterrado vivo es lo único que me ha obsesionado toda mi vida... Y cuando me hicieron aquel reconocimiento hace años y uno de los médicos me indicó que era propenso a la catalepsia, fue cuando me dije que debía prevenir esto.

—Yo creí que... —empezó ella.

—Sí. Cuando hice construir el panteón y coloqué aquella puerta con llave, a los que lo hicieron les extrañó bastante, pero si no llega a ser de este modo, si dentro de la cámara no hubiera tenido las llaves, a estas horas me consumiría esperando que la muerte llegara de verdad.

Se levantó de nuevo. Ella fue hacia su lado y le abrazó con fuerza.

—¿Cuándo... cuándo te has dado cuenta? —preguntó ella.

—No sé la hora que era. No llevo reloj, pero oscurecía tan solo y me encontraba bastante débil... Pensé que si salía entonces y me cruzaba con alguien que supiera que estaba muerto, iba a causarle un sobresalto. Luego pensé en ti también. Pero a ti tenía que asustarte a la fuerza... —Hizo una pausa y besó a su mujer dulce y apasionadamente, luego añadió—: ¿Sabes? Esto no es muy corriente. Yo estoy seguro de que a mucha gente se la entierra viva y algunos casos incluso se han podido medio probar, pero lo que hace de mi caso una cosa excepcional, es que haya podido volver...

—No sé qué hubiera sido de mí, Jean...

—Durante las horas que he pasado allá dentro me he dado cuenta de lo mucho que te quiero y de lo poco que he podido darte... Una maldita representación que sólo me da pérdidas. Pusiste la casa a mi nombre y tuvimos que hipotecarla.

—¡Oh, Jean! No pienses en esto.

—Estamos arruinados, vida mía. Pero no era esto lo que me preocupaba, sino esos años en los que sólo has tenido promesas de mi parte.

—Yo he sido feliz, Jean, y continuaremos siéndolo.

—No me he portado muy bien contigo, querida.

—Tú no tienes la culpa si los negocios te han salido mal.

—No. No la tengo, pero quiero que en adelante sea distinto y esto es más que una promesa. Ya te he dicho que había estado pensando...

Ella le miró llena de curiosidad. Jean se sentó al borde de la cama y sonrió con aire de triunfo.

—Estando muerto se pueden hacer muchas más cosas que estando vivo. Con la muerte termina todo...

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a empezar una nueva vida, querida, pero nueva de verdad. Nada de estrecheces. Vivirás como te mereces...

—Pero...

—Escúchame. Esto tenemos que dejarlo solucionado en unas horas. En primer lugar nadie debe saber que estoy vivo.

—¿Qué...?

—Yo seguiré enterrado allí, en el panteón familiar. ¿Quién dictaminó mi muerte?

—Tuviste un ataque cardíaco y te llevaron al hospital. El profesor Laforet firmó el acta de defunción.

—¡Nada menos que el profesor Laforet! Creo que va a empezar mi buena suerte. Tenía que morir y resucitar para que las cosas cambiaran... ¿Te das cuenta?

—No te entiendo, Jean... ¿Qué te propones?

—Que vendas la casa al Banco. No regatees, que descuenten la hipoteca y los intereses, quedará bastante dinero y a lo que quede añadiremos mi seguro de vida.

—¿Eh?

—Un millón de francos, querida. Un millón de nuevos francos. Eso es lo único bueno que hice.

—Un millón... Yo no... no sabía.

—Te dije una vez que me había hecho un seguro. No quise decirte la cuantía. Me hubieras contestado que era demasiado dinero... No sé por qué presentí que mi vida duraría poco y no quería que dependieras de nadie... Afortunadamente tuve que pagar pocas primas. Dos solamente. Dos años. No habrá sido negocio para la compañía, pero eso a mí no me importa. Vendrán a visitarte, te pedirán los documentos normales en estos casos. No sé cómo lo arreglan, pero de lo que sí estoy seguro es de que no te pondrán ninguna dificultad. Yo estoy muerto. Muerto oficialmente. No existo.

Ella parecía no escucharle. Estaba vuelta nuevamente hacia la ventana, creyendo que todo aquello era una broma de su marido, pero Jean hablaba en serio y muy en serio.

—Jean. Esto no puede ser... Los amigos... mi madre, ella aún no sabe que estás... Bueno, quiero decir que preferí no avisarla y...

—Pues avísala. Dile que he muerto y no dirás ninguna mentira.

—Jean... No es tan fácil. Si alguien sospechara la verdad...

—Nadie podrá sospecharla... Cambiaré de rostro. Con dinero encontraré quien me haga una buena operación de cirugía plástica. Sé que es pesado y sobre todo costoso, pero con dinero se puede obtener todo.

—No, no, Jean...

—Luego la voz. También esto se puede arreglar. Se operan las cuerdas vocales... Voy a pasarme dos o tres meses en los quirófanos, pero vale la pena. ¿No crees?

—¿Y los documentos?

—Ésa es otra cuestión. También he pensado en ello. Basta elegir la persona. Para sacar un certificado de nacimiento no hace falta ser pariente. Sólo acudir al registro y dar el nombre. Lo que importa es que la persona cuyo nombre voy a tomar sea viva y tenga más o menos mi edad... Pero eso ya llegará.

—Jean... No puedo creer que hables en serio.

—¿Qué te pasa, Nicole?

—Esto no es una cosa normal. Vamos a cometer un acto delictivo.

—¡Nicole! Yo estoy muerto. Aquí no hay nada premeditado. Todo ha salido así. Dicen que las ocasiones hay que aprovecharlas cuando pasan. Pues no pienso dejar escapar ésta.

—No, Jean... Eso no.

—¿Preferirías acaso que continuara muerto? —preguntó él yendo hacia ella con una sonrisa en los labios.

—¡Oh, sabes que esto no!

—Entonces no hay más que hablar. Todo continuará como si yo «no hubiese vuelto». ¿Me comprendes?

Nicole guardó silencio. Jean insistió en sus instrucciones.

—De momento viviremos aquí. Yo no saldré para nada. Cuando lo del seguro esté arreglado y hayas gestionado la venta de la casa pasaremos a la segunda parte. ¿Comprendes? Será entonces cuando me haga arreglar la cara y la voz. Por supuesto nos iremos lejos de aquí. Ya elegiremos el sitio.

Ella creía estar viviendo una pesadilla. Si se alegraba de todo corazón que Jean estuviera vivo, aquella proposición la aturdía.

Jean aún añadió:

—Seguramente vendrá Claude para hablarte del asunto de la casa. Será una buena ocasión para decir que vendes.

Otro largo silencio por parte de la desconcertada esposa.

—Jean, si yo te pidiera... —empezó por fin, pero él la atajó rápidamente.

—No, Nicole. Haremos esto.

Ella acabó asintiendo lentamente.

—Cuando te enterraban, Jean, hubiera hecho cualquier cosa por volverte a la vida. No hay razón para que ahora me vuelva atrás. Soy tu esposa. Te quiero. Y haré lo que tú deseas...

Claude trató de persuadir a Nicole.

—Dadas las circunstancias el Banco está dispuesto a concederte un aplazamiento para el asunto de la hipoteca. Luego con el seguro de Jean puedes ir pagando. He estudiado un plan de inversión para el dinero; sólo necesito saber la cuantía y... Perdona, pensé que estarías demasiado aturdida para ocuparte de todo y me he permitido la libertad de hacer unas gestiones en tu nombre. Supongo que no te molesta. ¿Verdad?

—No, Claude.

—Bien... pues con la inversión podrías tener una renta fija que

se incrementaría con los años. Claro que supongo habrás pensado en buscarte un empleo.

—Ya te he dicho lo que he pensado, Claude. Venderé la casa. Cuida tú de todo.

—Vas a quedarte sin nada. ¿Lo has pensado bien?

—Me iré de aquí.

—¿Con tu madre?

—No. Sola.

—Pero...

—Está decidido, Claude. No insistas. —Se levantó de la butaca del salón de su casa donde tenía lugar la conversación. Claude estaba maravillado con la serena obstinación de la que creía viuda.

—Tendrás que alquilar un apartamento. Te costará dinero.

—A propósito de dinero, gestiona tú lo del seguro. ¿Te dijo Jean que lo tenía?

—Sí.

—Son... un millón de francos, Jean. Ya ves que no me faltará dinero.

—Un mí...

No pudo terminar la frase. La cantidad le parecía realmente importante, pero antes de que pudiera opinar sobre ello, Nicole se excusó:

—Dispensa... Estoy algo cansada.

Claude se aproximó a ella.

—Nicole... Puede que éste no sea el momento más oportuno, pero... la verdad es que no quisiera que te marcharas de aquí. Yo... Bueno, ahora sólo han pasado tres días, pero con el tiempo tú... tú tendrás que rehacer tu vida, y quiero que sepas...

Ella le cortó antes de que Claude pudiera continuar. Veía venir demasiado claramente cuáles eran los sentimientos de los que el hombre iba a hablarle.

—Prefiero no saber nada, Claude. Es mejor así. De veras. Y ahora, adiós...

Claude salió al fin de la casa. Fuera tenía el coche. Lo puso en marcha y arrancó al cabo de unos instantes. Su actitud era pensativa y su gesto expresaba contrariedad.

De lo alto de la escalera surgió dentro de la casa, Jean. Su esposa se volvió hacia él desde la puerta que acababa de cerrar.

—¡Vaya! Nuestro buen amigo Claude... Parece que se da prisa en querer ocupar mi puesto.

Nicole no contestó.

—No lo sé —repetía Claude frente al Pernod que estaba tomando en el Negresco en el Quai Gailleton, cerca del Banco y en compañía de Ivonne—. No lo sé, no puedo comprenderlo. Esa actitud suya de querer irse a toda costa, de vender deprisa y corriendo.

—Tú nunca entenderás a las mujeres, Claude. Esa casa tendría para ella demasiados recuerdos.

—Tu prima es una mujer joven... Pasados los primeros días tiene que rehacer su vida. Todo sigue, Ivonne, y ella debe pensar en el futuro.

—¿Y tú quisieras ser su futuro, no? —sonrió Ivonne burlonamente.

—Bueno. Yo trato de ayudarla, de aconsejarla.

—Pero optas a la plaza de sustituto de Jean...

—Bueno. Creo que quise a tu prima mucho antes de que ella conociera a Jean.

—¿Y la sigues queriendo?

—No lo sé. Ahora me hace pensar.

—Yo sí lo sé. La quieres, pero llegaste tarde antes y ahora no es el momento oportuno. Déjala, Claude. Deja que haga lo que mejor le convenga. Puede que vuelva. Bueno y no te pongas tan serio... ¿Por qué no me llevas al cine?

—No. Ahora no puedo, a primera hora de la tarde tengo que hacer unas gestiones en la compañía de seguros.

—Pero si hoy es sábado —protestó ella.

—No importa. Un amigo mío tiene que ir a trabajar y prometió atenderme. Es referente al seguro de Nicole. ¿Sabías que Jean había suscrito una póliza de un millón?

—¡Vaya, por lo menos ahora mi prima va a ser rica! —exclamó Ivonne tras simular que lanzaba un silbido.

El pescador del pelo rubio miró inútilmente a través de los prismáticos subido al montículo arenoso.

La ventana de la habitación permanecía invariablemente cerrada.

Aquella vez atisbo la llegada del gendarme a tiempo de guardar los prismáticos.

El policía le saludó como de costumbre.

—¿Pescando como siempre, Jacques? —preguntó deteniéndose unos momentos.

—¿Por qué no? Es un modo de que la comida te resulte gratis. El pescado está caro.

—¿Y tus prismáticos? —inquirió el gendarme echando una ojeada a la canana que colgaba del cuello del pescador.

—¡Oh, je, je! —sonrió el rubio.

—Te he visto, Jacques... No sabes respetar ni siquiera el dolor de una viuda. ¿O es que no sabes que el señor Dalman murió hace una semana?

—Bueno, ejem... una viuda es también una mujer, ¿no? Pero le aseguro que no he vuelto a verla.

El agente sacudió la cabeza de un lado a otro y prosiguió su camino ante la mirada entre cínica y burlona del rubio Jacques que al fin entonando una tonadilla se dirigió hacia los leños que tenía preparados para encender el fuego.

La operación se realizó en el despacho de la compañía de seguros. El propio director firmó el talón nominativo y lo entregó a Nicole que iba acompañada de Claude.

—Ahí está. Compruebe usted misma, la cantidad, un millón, y está a su nombre.

—¿Quieres que lo ingrese en tu cuenta? —preguntó.

Claude alargando la mano hacia aquel papel de apariencia insignificante, pero que representaba una suma más que respetable.

—No. Lo guardaré yo. No pueden cobrarlo sin mi firma, ¿verdad? —inquirió ella.

—Naturalmente, señora Calman, pero es aconsejable guardarlo en el Banco.

—Bueno... Como pienso marcharme pronto, lo ingresaré al sitio donde vaya. ¿Vamos, Claude?

El joven asintió. Luego en silencio él la condujo al Banco en su coche.

Allí estaba todo arreglado para la transacción. Cuando Claude detuvo el coche en el aparcamiento de la entidad bancaria, insistió por última vez.

—Aún estás a tiempo de pensarlo, Nicole. Incluso he hablado con el director. Te darán un puesto. No tendrás mucho trabajo y cobrarás un buen sueldo.

—¡Oh! ¿Por qué insistes? Vamos, Claude. Quiero terminar cuanto antes.

—Soy incorregible. ¡Y un gran pelmazo, pensarás!

—No. Sé que todo lo haces por mí, pero yo seguiré mi camino. Anda, vamos.

Quince minutos más tarde Nicole había terminado de firmar todos los papeles que le presentaron.

La deuda con el Banco estaba saldada y aún quedaba una considerable suma que le fue entregada en otro talón nominativo que guardó en el interior de su bolso.

Claude la acompañó. Eran las seis y treinta minutos cuando llegaron frente a la puerta del patio de la casa de Nicole.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—No hay prisa. Ya has oído al director. Puedes permanecer en la casa el tiempo que necesites.

—No necesito ningún tiempo. De todos modos, gracias por la deferencia.

—¿Puedo... entrar?

—Pues... no quisiera parecer descortés contigo, pero tengo trabajo; he de preparar mis cosas.

—¿Por qué tanta prisa?

—¿Debo contestarte?

—¡Oh, no! Por supuesto. Eres Ubre. Perdona. No insistiré más. Pero...

—Perdóname tú, Claude. Ya sé que mi comportamiento puede parecerte extraño. Estoy nerviosa. Eso es todo.

—Hubiese preferido una despedida menos fría, pero... —Se levantó, dio la vuelta para abrir la portezuela del coche para que ella saliera.

Cuando hubo bajado la mujer se volvió hacia él y le besó en la mejilla.

—Adiós... Y gracias una vez más.

Él no contestó. La vio desaparecer tras la primera puerta y luego en el interior de la casa.

Se quedó un par de minutos. ¿Qué le ocurría a Nicole? Era como un presentimiento, algo inconcreto, pero aquella serena actitud de la muchacha mezclada a veces con un nerviosismo incomprensible chocaban entre sí.

Se volvió al coche y se alejó sin demasiada prisa.

El pescador del pelo rubio asomó por un extremo de la plaza. Encendió su pipa y echó una ojeada a la cabina telefónica que asomaba por la bocacalle más cercana al río.

Lentamente se dirigió hacia ella. Sacó un librito de notas y buscó un número marcado en rojo en mitad de una página. Depositó las monedas en la ranura tras descolgar el micro-teléfono y marcó aquel número.

Al otro lado del hilo el timbre repiqueteó tres veces hasta que descolgaron.

La voz de Nicole preguntó:

—¿Quién es?

Jacques no contestó.

—¿Quién es? —insistió ella. Estaba en la habitación. Tenía un par de maletas a medio hacer, su marido estaba duchándose con la puerta entreabierta. No podía oír lo que ella decía, pero le había parecido oír el timbre.

—¿Quién es? —volvió a preguntar Nicole—. ¿Quién llama?

Percibía la leve respiración de la persona que se hallaba al otro lado del hilo.

Jacques colgó sin hablar. Nicole no pudo reprimir un escalofrío. Un sexto sentido le hacía presagiar un peligro indefinido.

Tal vez era la voz de su conciencia que le acusaba de todo aquello que estaba haciendo.

—¿No tienes idea de adónde se dirige? —preguntó Claude a Ivonne.

Estaban cenando juntos en un restaurante de la Place Bellecourt.

Por encima de la oficina de Turismo sobresalía la estatua ecuestre de Luis XIV. Claude miraba pensativamente hacia aquella dirección.

—¡Bueno! —exclamó la muchacha—. ¿Me has invitado a cenar para hablarme de mi prima o para estar conmigo?

—Me gustaría saber adónde va.

—Pues no lo sé. Dijo que iría a Avignon a ver a su madre y

luego quería hacer un viaje, que ya escribiría. Es lo que sé.

—Perdona, Ivonne. No volveré a hablarte de ella. Tienes motivos para enfadarte conmigo. Mira... Iremos a ver la película del Gaumont. Dicen que está bien. Y luego si quieres iremos al Negresco a bailar.

—¿Tan despechado te sientes? —bromeó ella mordaz.

—Hemos quedado en que habría paz, ¿eh? ¿Aceptas mi plan?

—Bueno. Siempre es mejor que ir sola —siguió comiendo.

El timbre volvió a sonar en casa de los Dalman. Jean estaba leyendo un periódico tumbado en el sofá. Nicole salió de la cocina.

—¿Quién era la otra vez? —preguntó cuando ella se dirigía hacia el teléfono colocado en la mesita del salón.

—Han colgado —contestó ella y tomó el auricular—. Diga...

En principio sólo pudo percibir aquella sensación de que alguien estaba escuchando al otro lado del hilo.

Al repetir la pregunta, Jean alzó la mirada. La voz de su mujer sonaba muy agitada.

—¿Quién es? ¡Diga!

Jacques, desde la cabina con voz muy suave se decidió a hablar:

—No diga nada, señora Dalman, y escúcheme atentamente...

—¿Quién es usted?

—Le he pedido que no hable. Límitese a escuchar y seguir mis instrucciones. Ahora son las nueve y quince minutos. Compruebe su reloj.

Maquinalmente Nicole hizo lo que le pedía la voz del teléfono, que prosiguió:

—Dentro de quince minutos salga usted de la casa. Vaya por la calle que conduce al sendero del río. Tome el sendero hasta la altura del bosquecillo de sauces. Espere allí.

—Pero... ¿Quién...?

—Es mejor que haga lo que le digo. ¡Ah!, y que venga sola, señora Dalman. «Sola». ¿Me comprende? Si no lo hace «se sabrá todo». Supongo que esto también lo entiende usted.

—Pero... ¿Qué quiere usted? —preguntó ella. Jean se había puesto en pie soltando el diario. Aún ignorante de las palabras que su mujer había escuchado, comprendió que algo empezaba a ir mal —. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —insistió ella.

Por toda respuesta la voz queda de Jacques repuso:

—La quiero a usted, señora Dalman. La quiero a usted.

CAPÍTULO III

—Pero... ¿Quién diablos es?

—No lo sé. No puedo saberlo. Y tengo miedo, Jean. Ese hombre ha dado a entender que lo sabe todo.

—¡Maldita sea! Pero... ¿Quién puede ser? No me he movido en absoluto de casa. No habrás hablado con nadie, ¿verdad?

—¡Oh, claro que no! Cómo se te ocurre...

—Estás nerviosa...

—¿Y no he de estarlo, Jean?

—¡Maldita sea! —Jean crispó las manos, apretó los puños...

—Sabía que esto no podía salir bien.

—¿Pero qué quiere exactamente?

—Sólo que vaya...

—Por supuesto no irás...

—Avisará a la policía.

—¿Esto ha dicho?

—No exactamente así, pero ha dicho que todo se «sabría».

—En el río, ¿eh? Junto al bosque de sauces. No... No irás sola.

—Tú no puedes ir tampoco, Jean.

Por primera vez desde que había empezado todo aquello, dos semanas antes, Jean se encontraba acorralado. Por más que pensaba no atinaba a comprender quién se escondía tras aquella voz que había citado a su mujer.

—Querrá dinero... Mira. Yo estaré allí vigilando para ver qué ocurre. Eso es. Tú sonsácale. Procura averiguar lo que sabe ese tipo. Puede que sólo sea un ardid. Quizá se trata de un perturbado.

—¿Y si es verdad que lo sabe todo?

—Entonces te pedirá dinero. Veamos lo que pide. Sólo será por una vez porque nunca más sabrá de nosotros.

Ella trató de dominarse, pero le costaba trabajo. Presentía que no se trataba únicamente de dinero, porque él había dicho

claramente: «La quiero a usted, señora Dalman».

El tiempo transcurría ahora más deprisa que antes. Al menos ésa era la sensación que tenía Nicole, que trataba de serenarse acompañando su agitada respiración. Le costaba hacerlo y el momento se acercaba.

Jean buscaba algo y ella le oyó farfullar:

—¡Maldita sea! Siempre me había gustado tener un arma para casos como éste. A esos tipos si se les intimida te dejan tranquilo. ¡Son un hatajo de cobardes!

—Pero nosotros somos quienes más tenemos que perder, Jean...

—Ambos se quedaron mirándose en silencio.

Era la hora. Nicole salió de la casa, asegurándose al llegar a la calle de que no había nadie en la plazoleta ni en los alrededores.

La noche era más oscura que otras veces y la fresca brisa de las proximidades del río produjo un escalofrío a Nicole que comenzó a andar siguiendo la ruta que su comunicante le había ordenado seguir.

Avanzó por la corta calle que arrancaba desde un extremo de la plaza en dirección al sendero que bordeaba la Saône. Todo estaba absolutamente solitario.

«No mires atrás», le había dicho su marido.

Se sentía algo más segura al saber, no obstante, que Jean había saltado la tapia por la parte trasera y estaría ya en el sendero para poderla vigilar.

Nicole continuó hasta la orilla. El aire era más fresco allí. Caminó en dirección al bosquecillo de sauces allá donde la orilla se ensanchaba formando una playa de arena y guijarros.

Anduvo una treintena de metros y se detuvo junto a los primeros sauces.

Miró en derredor. Nadie. Ni siquiera sabía dónde estaba Jean, aunque le suponía cerca.

Se adentró por entre la arboleda. Al fondo el agua brillaba ligeramente.

Una ráfaga de viento azotó su rostro y estremeció su cuerpo cubierto con un abrigo de entretiempo.

Hacia el fondo creyó descubrir un bulto grande. Avanzó un poco más y descubrió que se trataba de un automóvil.

¿Estaría allí el hombre que la había citado?

Caminó un poco más lentamente, conteniendo la respiración. El auto se hizo más visible. Era un coche con aspecto de bastante viejo. No circulaban muchos por aquella zona. Por lo menos Nicole no atinaba a pensar a quién podía pertenecer.

Dio unos pasos más hacia el vehículo. De pronto...

Alguien había surgido de entre los sauces. Se sintió apresada por dos poderosos brazos que la atenazaban.

Intentó lanzar un grito que se ahogó en su garganta cuando una mano fuerte y rasposa le tapó la boca.

Jacques, el rubio y fuerte pescador la tenía completamente inmovilizada.

Nicole había sido materialmente arrastrada y derribada. Se encontró tendida sobre la húmeda hierba, atenazada y con aquella férrea mano tapándole la boca, impidiéndole pedir auxilio. Todo había ocurrido en unos instantes. Ella trató de patear, de librarse de la presa que el hombre ejercía sobre ella. Pero la voz de Jacques la conminó suavemente al silencio.

—Tranquila, señora Dalman... Tranquila. No le ocurrirá nada si se porta bien. Nada en absoluto. Relájese...

Ella intentó decir algo, pero de su garganta sólo surgió un murmullo con sordina. Aquella mano fuerte y dura le impedía que surgiera su voz, aprisionada en la cavidad de su boca.

—¿Lo ha entendido? No grite. Sería peor... mucho peor... Y no quiero hacerle daño. Me gusta usted, señora Dalman. Me gusta mucho. No quiero que sufra en absoluto. Usted y yo tendremos una conversación. Una amistosa conversación... ¿Lo ha comprendido? Si grita será peor. Pero yo sé que no gritará. Ha acudido a mi cita y eso me prueba su buena voluntad. Pero soy desconfiado, señora Dalman...

Ella permaneció inmóvil, con los ojos muy abiertos, intentando descubrir la identidad de aquel hombre.

Sus ojos, habituados ya a la penumbra pudieron observar las facciones de Jacques.

Sí... Le reconocía... Le había visto por Collonges. Su rostro le era familiar aunque no hubiese tenido ningún trato con él.

Y Jacques seguía oprimiéndole la boca.

—¿Verdad que no gritará, señora Dalman? —Siguió su opresor.

Ella trató de asentir. De hacerle comprender que no diría nada.

Por fin Jacques se decidió a quitarle la mano de la boca. Ella guardó silencio. Tragó saliva. Esperó que su opresor hablara claramente.

—Esto está bien. Esto está muy bien, señora Dalman.

—¿Qué quiere de mí? —Logró balbucir ella que seguía tendida sobre la hierba porque el cuerpo de Jacques la inmovilizaba materialmente aunque la hubiera soltado.

—La quiero a usted. Ya se lo dije.

—Déjeme, por favor... Puedo darle dinero... ¿Qué es lo que sabe usted?

—Todo...

—No... Usted no... Es una trampa. Trata de asustarme.

—No sabe usted fingir, señora Dalman. Me alegro. Es una mujer. Simplemente una mujer. Las mujeres no tienen por qué pensar... Es femenina. Terriblemente femenina. Me gusta. Me fascina, señora Dalman... Sé tantas cosas de usted...

—Ya sé quién es... Se llama... Marlin... O algo así, tiene un taller de reparaciones de coches... siempre está cerrado.

—Lláname, Jacques, hermosa.

—¡Oh, déjeme!

—Querida... No sabes cuánto he envidiado a tu marido. No lo sabes bien... Siempre me ha parecido un presuntuoso con poca clase para poseerte...

—Usted está loco... Déjeme... ¿Qué quiere conseguir?

—Espera, hermosa. Espera... Quiero que sepas que me alegré mucho cuando vi la fúnebre comitiva que le llevaba al cementerio. Pensé que habías quedado libre de ese engreído... Pero luego vi cosas muy extraordinarias... Ya sabes a qué me refiero.

—Ha estado espionando...

—Siempre sé lo que haces y a la hora que lo haces... Cuando tomas tu baño. Cuando te vistes...

Ella no acertaba a comprender pero no estaba asustada. Se sabía ante un maníaco. Un maníaco seguro de sí mismo. ¿Dónde estaba Jean en aquellos momentos? ¿Por qué no aparecía?

Comprendía que su marido corría un grave riesgo al descubrirse, pero daba igual, porque aquel hombre que la apresaba lo sabía todo. Absolutamente todo.

Le repugnaba el aliento de Jacques que olía a vino, queapestaba

a tabaco o lo que fuera. Aquel olor fétido de su garganta era una tortura más a soportar.

—Por las noches duermes con la ventana abierta... Tu marido te hace poco caso... Tú necesitas algo mejor, señora Dalman... No me importa que él haya resucitado... Se dice que tienes un importante seguro de vida... No. No quiero saber qué clase de cuento es este... sólo quiero el precio que impongo a mi silencio y no será un precio si tú aceptas de buen grado. ¿Comprendes? Todo el mundo tiene derecho a gozar de la belleza.

—Déjeme, por favor. Yo... Yo no podré satisfacerle. ¿No lo comprende? Lo que usted intenta...

—Calma, querida... Tranquilízate. Yo sé comportarme muy caballerosamente. No pido mucho. Un poco de comprensión, un poco de amor. Tu rebosas vitalidad y yo... Yo soy un hombre, señora Dalman...

—No diga esas cosas. Usted está enfermo. Si quiere dinero...

—¡No vuelvas a decir esto, señora Dalman! —Y de un tirón arrancó casi todos los botones del abrigo de Nicole.

Ella sostuvo la respiración. Luego las fuertes manos del pescador desgarraron parte de su vestido desde el escote.

—Te conviene ser sumisa... Yo preferiría que esto sucediera de otra manera. Y en tu mano está que así sea... Tengo aquí el coche. Podemos ir a mi casa. Tengo una habitación que la reservo para ti...

¿Dónde estaba Jean? ¿Por qué no acudía en aquellos momentos?

Nicole jadeaba. Miraba a aquel hombre cuyos ojos estaban fijos en su cuerpo y que con sus manos pretendía acariciarle el cuerpo.

—Está bien... Déjeme levantar. Iré donde sea, pero déjeme, por favor —pidió Nicole.

Fue entonces cuando se produjo un ruido muy cercano. La oscuridad impedía ver quién se estaba moviendo en la sombra.

Un par de manos portadoras de un palo surgieron en el aire. Lo que cortó el viento fue un trozo de madero, parte de una rama cortada de las muchas que se amontonaban entre la arena y los guijarros de la orilla del río.

Jacques recibió el golpe en la cabeza en el momento en que iba a levantarse.

Allí estaba Jean que levantaba por segunda vez el arma homicida para descargarla de nuevo contra el mismo objetivo.

El pescador se llevó las manos a la cabeza ahogando un grito. Recibió el segundo golpe y cayó como fulminado, mientras Nicole se incorporaba rápidamente con los ojos desorbitados por el terror.

—¡Asqueroso hijo de perra! Creí que lo que quería era dinero —masculló Jean levantando por tercera vez el palo.

—¡No! Déjale —exclamó ella y se abalanzó hacia su marido para impedir que siguiera golpeándolo.

—Merece que le mate... Lo merece... Maldito sea... Lo sabe todo. Te ha estado espionando. Lo he oído... Maldito, maldito...

—Déjale. Es... es un pobre perturbado.

Jean bajó la estaca que había enarbolado y miró fijamente al pescador.

—Es capaz de hablar con la policía. No podemos correr riesgos.

—¿Qué quieres hacer?

—Vete a casa. Anda. Yo iré después...

—¡No, Jean! No cometas ninguna locura...

Jean se había inclinado hacia el cuerpo inmóvil de Jacques y buscaba en sus bolsillos. Halló la libreta. La hojeó pero la falta de luz le impidió ver su propio número de teléfono anotado en lápiz rojo. La tiró por el suelo y siguió registrándole. No llevaba nada más, sólo unas monedas, poca cosa.

—Salgamos esta misma noche, Jean —propuso Nicole—. El coche está preparado. Nadie sabrá dónde estamos.

—Vete a casa —repitió el resucitado Jean—. Por favor, Nicole. Vete.

Ella estaba aterrada. Comprendía que su marido quería acabar con Jacques... ¡Iba a matarle!

—¡Dios mío! ¡No! No quiero que te conviertas en un asesino.

—No discutas, Nicole... Vete. ¡Vete!

Nicole volvió los ojos hacia el cuerpo de Jacques. Agrandó los ojos y ahogó una exclamación.

—Dios mío... Creo que... que está muerto.

Su marido se inclinó hacia el hombre, le tomó el pulso y luego lo auscultó.

—Bueno. Es mejor así —dijo confirmando el presentimiento de Nicole.

—¿Qué... vamos a hacer, Jean?

—¿Ese cacharro es suyo? Bueno no importa. Como si lo fuera. Lo

pondré en marcha y... Pero vete. No te necesito para esto.

Ella se alejó ligeramente pero no se fue hacia la casa. Aguardó. Fue testigo de lo que su marido hizo a continuación, que fue cargar con el cuerpo del pescador para meterlo dentro del coche. Luego quitó el freno y empujó el vehículo hacia el río.

Le costó bastante esfuerzo, pero al final el auto se hundió en aguas del Saône de forma lenta. Desapareció por completo.

—Así tardarán más en encontrarle... Y no podrán relacionarle con nosotros. ¡Oh! ¡La libreta que llevaba consigo! Ayúdame a buscarla...

Nicole se apresuró a buscar aquella pequeña agenda donde Jacques tenía anotado su número de teléfono. La encontraron entre la hierba. Fue ella. La dio a Jean que la guardó en un bolsillo.

—Anda, vamos —dijo finalmente.

Ella apenas podía hablar, ni siquiera andar. Sentía un tremendo temblor en todo su cuerpo. Jean la arrastraba casi.

—Bueno. Después de todo fue un accidente. ¡Y él se lo buscó! —dijo el hombre como si tratara de disculparse. Nicole no contestó.

Cerca ya de la calle que conducía a la plaza, los potentes faros amarillentos de un automóvil les deslumbraron durante unos segundos.

—¡Deprisa! —exclamó él enfilando la calle.

El auto venía por el sendero del río a bastante velocidad. Jean y Nicole apretaron el paso para llegar hasta la entrada de la casa en el momento en que unos veinte metros más abajo el auto cruzaba hacia la dirección donde se había desarrollado la trágica escena.

Apenas entraron en la casa, Jean fue en busca de una botella de *whisky* y se sirvió un trago. Lo necesitaba. Luego tomó otro vaso y lo ofreció a su mujer.

—Bebe.

Ella lo tomó con mano temblorosa.

Cuando hubo bebido, Jean murmuró:

—Escucha. Es mejor que viajemos por separado. —Buscó en un estante. Había una lista de trenes y empezó a recorrer los horarios con el índice—. Hay un tren a las doce y cuarto de la medianoche. Llega a Génève de madrugada. Lo tomaré.

—Pero, necesitas documentos para pasar la frontera.

—Tengo mi carta de identidad, ¿no? Para pasar la frontera sigo

siendo vivo.

—¿Y yo?

—Escucha. Tú tomas mañana por la mañana el tren hasta la frontera. Tienes varios. Nos reuniremos en Génève. ¿Te acuerdas del restaurante del Lago? ¿Dónde estuvimos en viaje de bodas? Allí te esperaré. A mediodía. Lleva los talones. Los cambiaremos en el Banco o los ingresaremos. Me llevaré algún dinero. Todo lo que tengamos suelto.

Consultó su reloj, todavía faltaba bastante para la medianoche.

—No. Mejor que tomes nuestro coche. Lo dejaré en la estación de Perrache, en el aparcamiento.

Ella permanecía silenciosa, indecisa. Todo aquello era nuevo para ella, extraordinariamente irregular.

—Haré gestiones cuando esté en Suiza para que me hagan esa operación estética. Nos olvidaremos pronto de todo. Voy a coger mis cosas.

—¿Y si te detienen?

—¿Por qué tienen que hacerlo? Soy un ciudadano cualquiera. ¿Crees que me conoce todo el mundo?

—Alguien puede viajar en ese tren... Alguien que nos conozca.

—Es un *express* nocturno. Va a Múnich. La gente estará metida en los vagones cama. Tomaré un *Single*. Nadie me verá, y una vez en Berna ya estaré libre.

Nicole no se pronunció. Las cosas habían rodado de aquella forma y ella se hallaba en medio de la vorágine, ya no podía volverse atrás. Por otra parte Jean estaba decidido.

Apareció poco después con una maleta y salió para dirigirse al garaje y sacar el coche.

Se despidió de Nicole.

—Hasta mañana, querida. No creo que la policía te moleste. No podrán relacionarte con este tipo. En cualquier caso yo sería un estorbo aquí. Tú no sabes nada. ¿Me comprendes? No sabes nada de nada. Has vendido la casa y vas a marcharte. Todo es normal. No te preocupes.

La besó. Ella permaneció indiferente. Jean buscó su boca brevemente.

Nicole siguió como en plena pesadilla, ausente. Lo veía todo a través de una nube borrosa.

Por fin Jean salió. Desde la casa Nicole escuchó el ruido del motor al ponerse en marcha, luego cómo el auto arrancaba y por fin el ruido desaparecía al dar la vuelta a la plaza.

Jadeando como si hubiera terminado de realizar una larga caminata se dejó caer sobre el sofá.

Quizá debió dormirse, no supo nunca el tiempo que permaneció despierta y los momentos en que, vencida por los acontecimientos, cedió al sueño.

Únicamente se dio cuenta de que había amanecido.

Maquinalmente echó una ojeada al horario de trenes. Luego pensó en que su marido le había dicho que recogiera el automóvil en el aparcamiento de la estación de Perrache.

Consultó el reloj y observó que eran las siete de la mañana.

Preparó sus cosas. ¿Por qué esperar?

Sin embargo había anunciado que se iría al día siguiente... por la noche. Pensó que sería mejor que alguien la viese, para establecer una coartada. ¿Una coartada? ¿Para qué? Ella debía mostrarse serena en todo momento. Para todo el mundo seguía siendo una respetable viuda.

A las ocho estaba ya lista. Echó una última ojeada a la casa. Despidiéndose de todo aquello que había constituido su vida durante los últimos años.

Los muebles, los enseres, la mayor parte de las cosas que formaron parte de su mundo se quedaría allí para siempre.

Tenía las maletas preparadas.

Llamó por teléfono para que un taxi fuera a buscarla.

—Soy la señora Dalman. Quiero ir a Perrache. Ahora mismo, sí.

Le contestaron que el coche salía inmediatamente. Desde la parada más próxima hasta la casa no tardaría ni cinco minutos.

Colgó y se dispuso a esperar.

Llamaron antes de lo previsto. Tan sólo habían transcurrido dos minutos desde que colgara el teléfono.

En la puerta apareció un desconocido. Se presentó como el detective Sinclair.

—Pierre Sinclair, de la Prefectura de Lyon. Quizá le extrañe mi presencia pero está relacionada con algo que sucedió anoche.

Nicole no pudo evitar un sobresalto.

—El caso es que iba a marcharme...

—Lo sé, señora Dalman... Lo sé... Hace poco que estoy aquí. En realidad mi trabajo es rutinario, pero he hablado con un agente llamado Paul Damont. ¿Le conoce usted?

—No sé... Quizá...

—¿Me permite? —Y el detective hizo una seña al hombre que esperaba fuera.

Hasta aquel momento Nicole no había observado al gendarme de uniforme que avanzó hacia la casa y saludó cortés y militarmente.

Era Paul; el gendarme que en más de una ocasión había observado al pescador cómo miraba a través de los gemelos en el montículo arenoso al costado de la Saône^[1].

—¡Señora! —saludó el agente.

Ella trató de mostrarse serena, de disimular su nerviosismo.

—Esta mañana —empezó el detective—, una de las embarcaciones de carga ha tropezado con un objeto depositado en el río. Era un coche. Un viejo coche. El lugar era poco profundo y por esa razón ha podido ser hallado.

El detective sonrió amistosamente. Era un hombre joven, bien parecido y de aspecto dinámico. Su expresión en estos momentos era comprensiva, propia del hombre que cumple un rutinario deber y no tiene nada en contra de nadie.

Nicole esperanzada por la actitud de su interlocutor se limitó a formular una pregunta lógica:

—¿Y eso... qué tiene que ver...?

—Verá, señora Dalman —prosiguió el detective—. Ese vehículo, según el agente Paul Damont, era propiedad de un sujeto que posee un taller en Collonges, pero que pasa la mayor parte del tiempo pescando, un individuo llamado Jacques... Jacques Trevire.

Ella permaneció silenciosa.

—¿Le conoce usted? —inquirió el detective.

—No... —Y Nicole no mentía porque el nombre no le decía nada aunque comprendía perfectamente el alcance de la interrogación del detective.

Y éste hizo una señal al gendarme para que expusiera su punto de vista.

—Como dice el detective Fierre Sinclair, el propietario de ese coche es un tal Jacques. Seguramente lo ha visto usted más de una

vez, un sujeto rubio con una sonrisa cínica, una especie de vagabundo... Mi opinión personal no importa pero yo diría que se trata de un hombre de poco fiar.

—Vaya al grano, agente, la señora Dalman parece tener prisa —observó el detective.

Y el gendarme prosiguió:

—Bien... Por las averiguaciones que hemos realizado, parece que cerca de donde el automóvil cayó al agua hubo lucha; encontramos un par de cosas que parece corresponden a ese Jacques. También hay un palo, un pedazo de rama cortada con señales de sangre y unos cabellos rubios... Digamos que en principio parece que Jacques fue golpeado.

—No... No entiendo...

—No hemos encontrado su cuerpo —siguió el gendarme—. Pero en su casa no está, y es bastante extraño. Verá... hay varios indicios que hacen suponer que Jacques haya podido ser... asesinado.

Nicole reaccionó vivamente.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

Tras un silencio, el detective tomó la palabra.

—En casa de la supuesta víctima hay algunas fotografías tuyas, señora Dalman, y otras de su casa, encontramos también una nota donde dice:

«Esta noche... la señora Dalman».

—¡Yo no sé nada! —protestó ella palideciendo al comprobar que las cosas se complicaban.

—Claro, señora Dalman —sonrió el detective—. Es lo que yo dije... Ese Jacques, por lo que me ha contado el agente, debe ser un maníaco... Pero como comprenderá nuestro deber es investigar... ¿Nos permite pasar?

Hasta entonces la conversación se había realizado en el vestíbulo. Ahora el detective, aunque muy cortésmente, exigía entrar.

A Nicole se le vino el mundo encima.

CAPÍTULO IV

Las explicaciones del agente Paul Damont venían a incidir en un punto importante.

—Varias veces sorprendí a Jacques observando su casa con unos prismáticos. No puedo decir lo que miraba exactamente, pero me consta que ese individuo la seguía a usted, digamos que estaba pendiente de usted con una asiduidad obsesiva.

—Usted es policía, ¿por qué no me puso al corriente? Yo no sabía nada —protestó ella.

—Un momento, señora Dalman. Usted no era la única para Jacques. Se trata de una especie de... bueno, de uno de esos individuos que les gusta observar a las mujeres en la intimidad. Jamás tuve una prueba concreta. No se puede arrestar a un hombre que no haya dado motivos verdaderos de delinquir. Mirar con unos prismáticos no es ciertamente algo que esté prohibido...

—El agente —terció Pierre Sinclair—, quiere decir que a su juicio Jacques era un *voyer* y usted una de tantas, llamémosla víctima.

—Yo no sabía absolutamente nada —se apresuró a replicar Nicole.

—Eso por descontado —adujo el detective—. Sin embargo algo sucedió anoche a la orilla del río, y ese algo coincide con la nota encontrada en casa del desaparecido Jacques, la nota que dice: «Esta noche... la señora Dalman». Todo ello unido a lo ocurrido y a que usted pensaba irse, nos ha inducido a venir a su casa. Es la primera persona que interrogamos a fin de intentar descubrir algún indicio.

—Pero... ¿qué indicio? Yo no sé nada. Ya he dicho que no conocía a este hombre —sin embargo Nicole no podía ocultar su agitación.

—No se moleste por ello, señora Dalman —insistió el detective

suavemente—. Todavía no sabemos lo ocurrido. Simplemente intentamos averiguarlo.

—Pues lo siento. No puedo ayudarles.

El timbre de la puerta sonó en aquellos instantes. Nicole se disculpó para ir a abrir. Era el chófer del taxi que había pedido.

—¿Va usted a la estación de Perrache, señora? —inquirió el conductor.

—Sí. Puede cargar mis maletas. —Y se volvió hacia el detective esperando su consentimiento y como el policía no despegó los labios Nicole añadió—: Espero que pueda marcharme.

Tras una pausa, Pierre Sinclair murmuró:

—¿Tiene usted mucha prisa, señora Dalman?

—He vendido mi casa... Ya no tengo nada que hacer aquí...

—Lo sabemos —atajó el detective—. ¿Va usted a la estación?

—Sí.

—¿Dónde se dirige?

—De momento a... Suiza.

—Ya... Hay muchos trenes. ¿No le importaría tomar otro que saliera más tarde?

Ella metió la pata al corregir:

—Tengo mi coche aparcado allí. No tomaré ningún tren.

—¿Su coche allí? ¡Oh! Bueno... En ese caso, mejor que mejor —sonrió Sinclair—. En poco más de dos horas puede pasar la frontera. O sea que tenemos tiempo de seguir hablando.

—¡Pero yo no tengo nada más que decir! —protestó ella nerviosamente.

El agente Paul Damont tomó la palabra.

—Señora Dalman... Sabemos que ese sujeto, Jacques, últimamente rondaba su casa con mucha insistencia. Es natural que no pudiéramos estar pendientes de él en todo el día...

—Señor Sinclair —atajó Nicole—. Usted ha dicho que este individuo iba detrás de otras mujeres... ¿Por qué no pregunta a ellas?

—¿Preguntarles... qué? —sonrió Sinclair.

—Pues. ¡No sé! Interrogarlas como están haciendo conmigo.

—Es que usted se va... y no queremos retenerla más que el tiempo necesario.

—Por favor. Todo esto es absurdo. Ni siquiera saben si ese

hombre ha sido asesinado...

Los dos policías cambiaron una mirada entre sí. Ella lamentó haber nombrado aquella palabra.

—No. No lo sabemos —dijo el detective.

—Pero ha desaparecido —corroboró el gendarme.

Ella se mesó los cabellos en silencio. Se había sentado una vez más y el chófer aguardaba en la puerta pendiente de la discusión.

—Lo importante —insistió de nuevo el detective Sinclair—, es que su nombre figuraba con la fecha de ayer, y había además una hora. Las nueve y treinta minutos.

Ella sintió un escalofrío. ¡Las 9.30! Justo la hora que Jacques le había indicado por teléfono.

¿Acaso aquellos policías sabían más de lo que decían y únicamente intentaban sonsacarla?

Trató de ponerse en guardia. De mostrarse lo más serena posible.

—Señores —dijo ella con voz lejana—. Yo no vi a ese hombre anoche... En realidad si lo vi alguna vez nunca reparé en él. No sé quién es. Están ustedes perdiendo el tiempo.

—Bien —sonrió Sinclair poniéndose en pie y buscando un paquete de «Gitanes»—. Sentimos haberla molestado. Todo sucedió muy cerca de su casa y su nombre anotado en el diario de ese pobre diablo... En fin, nos marchamos.

—Siento no poderles ayudar —dijo ella ocultando un suspiro de alivio.

Sin embargo su sensación de libertad al pensar que iban a permitirle seguir con sus planes se disipó en el momento en que Sinclair la pidió cortésmente:

—Tengo que rogarle que permanezca irnos días aquí... hasta que se aclare esto. Comprenda... Es un caso extraño.

—¡Pero yo tengo que irme! No tienen ningún derecho a retenerme —protestó airadamente la falsa viuda.

—Es una simple colaboración, señora —sonrió Sinclair—. Cosa de trámite... Usted no tendrá ninguna prisa... especial. ¿Verdad? Por favor, es un ruego personal.

Y el detective acentuó su sonrisa. Era un hombre sagaz, saltaba a la vista. Igual que su peculiar manera de llevar las cosas. Sin agresividad alguna, con su lenguaje suave y cortés, con sus maneras

hasta delicadas, con la máxima educación.

Con una reverencia breve se despidió de Nicole añadiendo para mayor cortesía:

—Mi pésame por la reciente muerte de su esposo.

—Gracias —replicó Nicole con seguridad.

—En tales circunstancias es penoso que deba insistir en que no se marche usted, pero yo no puedo hacer nada más. Compréndalo también, señora Dalman.

Se retiró de la casa.

El gendarme hizo una seña al chófer para que se marchara. Ella quedó en el vestíbulo, aún con la puerta abierta viendo como los policías se iban.

Estaba atrapada. Tenía el convencimiento de que los agentes sabían algo. Pero ¿qué? ¿Y cómo?

Aquellas anotaciones que habían descubierto en casa del maníaco sexual... A fin de cuentas. ¿Qué sabía ella?

Lamentó que su marido no estuviera allí para aconsejarla. Ahora se encontraba sola. Más sola que si estuviera viuda de verdad.

Cerró la puerta.

En aquel momento sonó el teléfono. Era la voz de Ivonne la que surgió al otro lado del hilo.

—¡Hola, prima! Quería verte antes de que te fueras... Anoche estuve con Claude, ¿sabes?

Nicole apenas le escuchaba.

—¡Eh! ¿Estás ahí?

—Sí, Ivonne...

—Bueno, Claude aunque trate de disimularlo no deja de pensar en ti.

Nicole siguió silenciosa.

—¿Pero qué te pasa? ¿No contestas? ¿Es que te ocurre algo?

—Nada, Ivonne. Sólo que... quizá demore irnos días mi marcha. No lo sé todavía —respondió ella vagamente.

—Me alegro, porque pensaba ir a verte. La verdad es que Claude tiene razón en parte al pensar que algo extraño te ocurre.

—No me ocurre nada —cortó ella.

—Bueno, él piensa que es raro que no quieras decir a nadie adónde vas...

—¿Es que tengo que dar cuenta de lo que haga?

—Perdona, prima... Pero es lógico que nos preocupemos de ti... ¿Puedo verte?

—Ven si quieres... Pero no. Iré yo. ¿Estás en tu casa?

—Sí... Claude me dijo que me daría un empleo en el Banco, pero de momento sigo en vacaciones.

No añadió que seguía sin trabajar desde la «muerte» de Jean, pero eso era algo que Nicole podía sobreentenderlo perfectamente.

—Iré... Iré a comer contigo —decidió Nicole.

No es que tuviera deseos de hablar con nadie ni de estar en compañía de otra persona, pero quería alejarse de allí, distraerse de todo, olvidar aquella pesadilla que había coincidido con la «resurrección» de su marido.

Comieron las dos mujeres juntas en un restaurante de la rue de Berthelot.

Ivonne no había cesado de hablar, pero sólo obtuvo monosílabos por respuestas.

—Parece que estés a mil kilómetros de aquí... ¿Es que ni siquiera puedes confiar en mí? —le reprochó su joven prima—. Yo vengo y tú ni me haces caso. ¿Qué te pasa?

Nicole estaba pensando en la necesidad de ir a Geneve, de reunirse con su marido y explicarle lo que sucedía. Él tenía que saberlo. La estaría esperando.

Consultó el reloj. Eran casi la una de la tarde.

Podría ir en tren. Podía llegar a Génève en poco más de dos horas y luego regresar sin que nadie supiera que se había ido. El detective no la había prohibido salir de casa, pues bien. ¿Quién iba a saber que iba a estar en Génève por unas horas? Sólo el tiempo de informar a su marido y luego regresar.

Se levantó decidida sin contestar a la pregunta de su prima.

—Tengo que irme —dijo abriendo el bolso para pagar la cuenta.

—¡Oye! Tú estás loca... ¿A qué viene tanta prisa?

—Tengo que hacer algo y tengo que hacerlo sola. Perdóname, Ivonne. No puedo decirte nada.

Miró la nota de la comida. Importaba 37 francos. Dejó cuatro billetes de diez sobre la mesa y murmuró a modo de despedida:

—Ya te llamaré en otro momento.

Cuando Nicole salió a la calle no advirtió al hombre que comenzó a seguirla.

Había escaso tránsito y era fácil darse cuenta, pero ella iba con una idea fija. Tomar un taxi para dirigirse lo más rápidamente a la estación.

Y así lo hizo.

El hombre, al ver la actitud de la mujer llamó a otro vehículo, cuando el taxi de Nicole cruzaba ya la rue de Marseille en dirección al puente de Gallemi.

El conductor del vehículo en que se había subido Nicole hizo la maniobra pertinente para llegar hasta la cercana estación de Perrache.

Ella, tras pagar la carrera, entró directamente a la sala de información y fue en busca de una ficha de horarios correspondiente a las relaciones ferroviarias entre Lyon y Suiza.

El primer tren salía a las 13.45 y tenía su llegada a Génève a las 15.52. Resultaba lento pero no tenía otra opción.

Para regresar tenía otro a las 19.53 y a las 21.15, por tanto le sobraría tiempo para explicarle a su esposo el nuevo giro que habían tomado los acontecimientos.

Se dirigió hacia la taquilla para adquirir el billete de ida y regreso.

El hombre que había seguido a Nicole la vio en la ventanilla y luego dirigirse al andén.

Cuando estuvo seguro de adónde se dirigía —puesto que cada tren tiene reservado su vía y andén correspondiente de antemano—, fue a un teléfono y marcó un número. Cuando obtuvo respuesta dijo:

—Parece que se dirige a Suiza. Sale un tren a las 13.45.

Del otro lado del hilo le hicieron una pregunta a la que el hombre contestó:

—No. Estoy seguro de que no se ha dado cuenta de que le seguía.

Otra pregunta que obtuvo la siguiente respuesta:

—Sí. Cenaba con otra mujer. Una chica joven. La recogió en la rue de Prevost, número 27, un pequeño apartamento del segundo piso.

La voz del detective Pierre Sinclair de la Prefectura de Lyon replicó:

—Bien. Averiguaremos quién es esa joven.

—¿Qué hago yo entretanto?

—Siga a la señora Dalman.

—¿A Suiza?

—Bueno... El que coja el tren que va a la frontera no prueba que vaya a Suiza, pero si va sígala de todos modos. ¿No le gusta nuestra nación vecina?

—De acuerdo, señor. Lo que usted diga.

—Manténgame informado —y Sinclair cortó la comunicación. El policía que seguía a Nicole Dalman se dirigió a la taquilla para comprar un billete. Lo adquirió hasta Geneve, era el final del trayecto.

El tren llegó a su hora y salió puntualmente. El convoy estaba compuesto por unidades corrientes en los expresos. Vagones de primera y segunda clase con compartimentos. Nicole tomó uno de los de clase segunda y eligió un compartimento que no estaba ocupado por nadie.

El policía pasó por el corredor y eligió el inmediato que compartió con una pareja relativamente joven que estaban despachando unos bocadillos.

El tren, ya en marcha, anduvo lentamente hasta la estación de Lyon-Brotteaux, para seguidamente reanudar ya la singladura que tras un par de estaciones intermedias le llevaría hasta Geneve.

En ningún momento Nicole se sintió observada. El policía, durante el trayecto salió al corredor para encender un pitillo y de paso echar una distraída mirada hacia el compartimiento de la mujer que parecía concentrada en sí misma, disimulando su nerviosismo interno.

Ya en Génève, tras los sencillos trámites fronterizos que consistían únicamente en mostrar la carta de identidad, cruzó rápidamente la estación para salir a la plaza y dirigirse al lago por la rue des Alpes.

Andaba deprisa, sin volverse. No había mucha gente por la calle, pero ni así pudo sospechar que era seguida.

Empleó siete minutos para llegar al Quai de Mont-Blanc, cruzó el largo puente del mismo nombre que lleva al otro lado del Lago Lemán hasta la Place du Port. Allí se orientó tratando de recordar el emplazamiento del restaurante del Lago. El policía se había detenido intentando encender un cigarrillo protegiendo la llama del

fósforo con la otra mano a causa del viento.

Nicole cruzó por entre los jardines. Al otro lado estaba el restaurante en una esquina. El nombre sobresalía en la fachada con grandes caracteres.

Se sintió aliviada al pensar que pronto se reuniría con su marido.

Jean aguardaba en una de las mesas del primer piso del establecimiento cuyo ventanal ofrecía una hermosa panorámica sobre el lago y permitía dominar perfectamente toda la zona del Jardín Anglais y la calle.

Consultó el reloj varias veces. Llevaba allí demasiado rato y temía llamar la atención del camarero.

De pronto vio la silueta de su mujer caminando deprisa. Estaba cruzando la calle.

Al principio no se fijó en el hombre que iba tras ella. Fue cuando al llegar al burladero y encontrar la luz roja que Nicole se detuvo. En cambio el hombre cruzó deprisa, pero se paró en la acera.

Entonces fue cuando Jean comenzó a sospechar. Nicole cruzó de nuevo. El policía estaba aplastando la colilla de su cigarrillo contra el suelo y comenzó a seguirla de nuevo, durante la veintena de metros que faltaban para entrar en el restaurante.

Jean dejó el importe de su cuenta sobre la mesa y desapareció.

Nicole echó una rápida ojeada a la planta baja del local. Había muy poca gente por lo que pudo darse cuenta de que su marido no estaba allí. Vio la escalera que conducía al primer piso y subió.

El policía se había encaminado hacia el mostrador y pidió:

—Café... Perdón. ¿Aceptan moneda francesa? La ventanilla de cambio de la estación estaba cerrada.

—Desde luego, señor, la aceptamos —repuso el *barman*.

Ella había subido la escalera para llegar a la planta superior. Otra ojeada le bastó para comprobar que Jean tampoco se hallaba allí.

Decidió esperarle y se sentó en una mesa cerca del gran ventanal.

El policía subió al piso superior y ocupó una mesa, tomó un periódico y ocultó su rostro tras el papel, sin dejar de observar a la mujer que había pedido un café.

Transcurrieron unos minutos. Nicole se impacientaba por

momentos, aunque comprendía que su marido tarde o temprano aparecería porque aquél era el punto donde habían quedado citados y al fin y al cabo fue ella la que llegó con retraso.

La espera se prolongó hasta que un camarero se aproximó a su mesa.

—¿Es usted la señora Dalman?

—Sí.

—Me lo figuraba. Es la única señora que hay en esta planta. La llaman por teléfono.

—Gracias.

El camarero le indicó el fondo donde se hallaban las cabinas telefónicas.

—Le paso la comunicación a la primera.

—Gracias.

Se encerró en la cabina y dio un suspiro cuando a través del hilo le llegó la voz de su marido.

—Escucha... Sospecho que te han seguido. Hay un tipo de mediana estatura —Jean lo describió y concluyó diciendo—: Fíjate en él, probablemente le tienes cerca.

Ella buscó a través del cristal de la cabina y se fijó en el hombre que ahora estaba de perfil. En aquel momento el policía también se había vuelto hacia la cabina.

—Sí, está ahí... —murmuró ella.

—Te ha seguido. Estoy seguro. Me he fijado cuando venías...

—¡Dios mío! No me he dado cuenta. ¿Dónde estás?

—En una cabina, muy cerca del restaurante. Escucha, tendrás que despistar a ese hombre. Voy a decirte lo que tienes que hacer.

Tras escuchar atentamente por espacio de un par de minutos, repitió las instrucciones que le había dado su marido y salió de la cabina para dirigirse al camarero y abonar su cuenta en moneda francesa.

Salió a la calle. Se detuvo ante un escaparate y a través del cristal pudo comprobar sin temor a equivocarse que el hombre la seguía.

Cruzó en dirección a la rue du Rhône y entró en un Banco para cambiar moneda.

—Cien francos suizos —pidió. Abonó su equivalencia en moneda francesa, 141 francos con algunos céntimos, luego se encaminó de

nuevo hacia el lago, concretamente a uno de los embarcaderos para tomar una embarcación.

El policía le siguió, quedándose en la cubierta mientras ella pasaba al interior y le observaba disimuladamente.

El barco partió en dirección al faro para pasar al otro lado de los muelles, allá donde el lago iba ensanchándose progresivamente hasta convertirse en un auténtico mar.

Tenía su parada cerca del Parque Château Banquet. Un lugar maravilloso que sin embargo para Nicole no tenía más atractivo que el de reunirse con su marido. Pero no allí por supuesto.

El sitio era solitario. Únicamente un autocar de turistas había hecho una parada para que los visitantes pasearan brevemente por el parque.

Había un taxi en la plazoleta. Un taxi que no estaba libre, porque allí no había parada alguna, pero aquel taxi la esperaba a ella de acuerdo con las instrucciones de su marido. Corrió hacia él y murmuró.

—Soy la señora Dalman. Lléveme a la estación de Cornavin. Dese prisa.

El chófer arrancó inmediatamente y cuando el policía intentó seguir a Nicole se encontró que no había ningún otro vehículo. Comprendió tardíamente la maniobra, mientras Nicole lanzaba un suspiro de alivio al ver a través del retrovisor cómo la figura de su seguidor iba alejándose...

De nuevo al punto de partida, despidió al chófer y a pie por la rue de Laussanem anduvo unos cincuenta metros hasta encontrar el hotel que le había indicado igualmente Jean.

Ahora sí. Ahora estaba segura de que ya nadie la seguía.

CAPÍTULO V

—¿No lo comprendes? Sospechan de mí. Ese hombre era un maníaco. Tenía fotos mías, mi número de teléfono y seguramente otras cosas que ese detective no mencionó. El que me hayan seguido prueba que tengo razón. ¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer ahora? Sé que me acosarán y no estoy segura de que pueda seguir manteniendo el engaño.

Su marido había escuchado el relato en silencio, luego algo más agitado paseó por la pequeña habitación del hotel que había alquilado.

—Tienes que hacerlo, Nicole. De ello depende nuestro futuro.

—¡Nuestro futuro quedó comprometido en el momento en que te hice caso...! ¡Oh, Jean! Debimos decir la verdad...

—Ahora no es momento de lamentarse. Yo no podía prever la aparición de ese maldito maníaco. Al fin y al cabo si acabé con él fue para salvarte.

—Él lo sabía todo —murmuró ella en tono de reproche.

—Sé lo que estás pensando... Que me libré de él para que no hablara... Bien. Puede que tengas razón, pero nadie me impedirá llevar a cabo todo esto.

—Un millón de francos no lo es todo. Un día u otro el dinero se acabará.

—Escucha... Casualmente he encontrado a alguien...

—¿Te ha reconocido?

—No, no. Se trata de un individuo que conocí en el tren. Le di un nombre falso. Para él me llamo Paul Mercier. Ese individuo es suizo y trata con los médicos de algunos hospitales, por asuntos profesionales. Yo llevé la conversación al terreno que me interesaba y he encontrado al médico que necesito para que cambie mi rostro.

Ella guardaba silencio. Con la mirada perdida en el vacío.

—¿Me escuchas?

Nicole volvió los ojos hacia su marido. Tenían un cierto brillo acusador.

—Te estoy diciendo...

—Sí, Jean. Lo he oído. Has encontrado el modo de salvarte tú... Pero ¿y yo? Tengo que regresar.

—Sólo para buscar el dinero. Tenías que haberlo traído contigo.

—¿No te he explicado cómo han ocurrido las cosas? Me habían prohibido abandonar Lyon. Comí con Ivonne y decidí de pronto hacer el viaje.

—Está bien, está bien. Ahora debes regresar y hacer lo que te he pedido. Vuelve mañana. Pasado si es necesario. Haz lo mismo que has hecho hoy, pero procura que no te sigan. Despístales. Ya ves que no es tan difícil. Vuelves con el dinero.

—Eso será como huir. Me buscarán.

—No te encontrarán, Nicole... Ya sé que es un riesgo, pero estás demasiado nerviosa. Si empezaran a acosarte a preguntas...

—Temes por ti, ¿verdad? Solamente por ti —Nicole parecía descubrir por primera vez el egoísmo de su marido.

—¡Maldita sea, no discutamos ahora! ¿Qué prefieres, que vuelva, que cuente la verdad y que además me confiese autor de un homicidio?

Ella no pudo contestar. No. No era aquello lo que quería realmente, pero de pronto había descubierto que todo su futuro se había roto quizá para siempre.

—Está bien, Jean. Lo haré. Haré lo que tú dices. Procuraré que nadie me siga. Me convertiré en una fugitiva...

Pierre Sinclair, con su proverbial campechanería, se hallaba sentado en torno a la mesa del bar. Su acompañante era Ivonne.

—He preferido hablar con usted aquí para no dar a nuestra charla un tono excesivamente oficial... Los policías o somos mal recibidos o asustamos a la gente.

—Pero... ¿Qué quiere saber exactamente de mi prima?

—Pues algunas cosas... Ya le he dicho que estamos investigando una muerte. Una muerte violenta. La de un tal Jacques Trevire. Un sujeto al que en el argot corriente solemos llamar un *voyer*. Ya sabe. De esos que se dedican a espiar las intimidades... Sabemos que el tal Jacques tenía bastante afición a espiar la casa de su prima. En fin... Anoche algo sucedió en el bosque cercano al río, muy próximo

a la casa de la señora Dalman. Lo cierto es que ese individuo murió. Lo mataron de un golpe, lo metieron dentro de un viejo automóvil y lo echaron al río.

—Pero... ¿Eso qué tiene que ver con mi prima?

—Fue encontrado un pendiente en la hierba. Eso no se lo dije a su prima esta mañana cuando hablé con ella. Estaba muy nerviosa... —El detective sacó un pequeño objeto del bolsillo y se lo mostró a la joven.

Era un pendiente en forma de argolla, de los que se sujetan sin necesidad de atravesar el orificio de la oreja.

—¿Lo ha visto antes de ahora?

Ivonne examinó el pendiente y no pudo contestar.

—No sé. Es corriente.

—¿Podría pertenecer a su prima?

—¡Yo qué sé! Ignoro los pendientes que Nico... —Hizo una brusca transición comprendiendo la gravedad del asunto—. ¿Está pensando que mi prima pudo tener que ver con la muerte de ese hombre...? ¡Oh...! Y dijo usted que quería hablar conmigo amistosamente.

—Cálmese, cálmese... Verdaderamente mi profesión no es muy agradecida... Ya le he dicho que no se trata de una acusación.

—Si espera que declare contra mi prima, olvídense de ello. ¡Pensar que Nicole pueda ser capaz de...! ¡Cómo se nota que no la conoce! Es la mujer más buena que existe. Entérese de una vez.

—No me diga que no tiene secretos para usted.

—¿A qué secretos se refiere?

—No sé... Usted parece conocerla mucho.

—Claro que la conozco... Adoraba a su marido. La pobre ha sufrido un golpe tremendo con su muerte. Sólo falta que vayan a importunarla con cosas absurdas.

—Perdone, Ivonne... Puedo llamarla así, ¿verdad? Bien... Usted me parece una chica encantadora y sincera, pero a veces creemos conocer, bien a las personas, seríamos capaces de pegarnos por ellas y de pronto descubrimos un secreto.

—¿Qué secreto?

—¿Sabía que su prima se halla en Suiza en estos momentos?

—¿Eehh?

La sorpresa de Ivonne no era fingida, pero el detective prosiguió:

—La pedí que no se fuera de la ciudad, y ella no sólo se va, sino que además cruza la frontera. Y no lo niegue porque la he hecho seguir. Hace un rato el hombre que iba tras ella lo confirmó.

—No... No sabía nada de esto —afirmó Ivonne aturdida.

—Y por cierto que ha demostrado ser muy lista, despistando a mi hombre. Así que... ahora no sabemos dónde está, pero tampoco costará demasiado dar con ella.

—De veras que no lo entiendo... Sé que tenía intención de irse, pero...

—Empieza a dudar, ¿eh?

—Si ha ido a Suiza tendrá sus motivos —replicó Ivonne para cortar el acoso del detective.

—¿Tiene amigos o parientes en Geneve?

—Que yo sepa, no.

—Pues parece que se ha reunido con alguien. Ésa es la impresión que sacó el agente que la seguía.

—Yo no sé nada. Se lo aseguro.

—¿Puede indicarme a otra persona que sepa más cosas?

—¿Por qué no la dejan en paz? Ya le digo que está sufriendo mucho.

—Mi intención no es aumentar su sufrimiento, créame. Sólo trato de descubrir un crimen. Y si su prima, como espero, no tiene nada que ver, puedo también ayudarla.

—¿Ayudarla?

—Mire, Ivonne... cuanto más pronto termine este asunto, mejor para todos, porque ya no tendré que importunarles. Yo sé lo fastidioso que resulta tener siempre a la policía detrás de uno. Pero ¿qué le vamos a hacer? Es nuestro oficio y nuestra obligación.

Su tono no era precisamente el de un policía clásico, pero tras aquella afabilidad, aquel hablar amistoso, se ocultaba toda la sagacidad de un perfecto profesional que empleaba su propio sistema y que en ningún momento se mostraba desagradable.

Ivonne le miró profundamente. Le encontró hasta apuesto y lamentó que fuese policía, o por lo menos que sospechara de su prima.

—La he hecho dudar, ¿verdad? —Y Fierre Sinclair lo dijo como si se reprochara a sí mismo—. Créame que lo siento. Usted adora a su prima y yo he venido a sembrar cizaña. Esto es lo malo de mi

oficio. En fin... si sabe algo de ella, comuníquemelo. Por favor se lo pido. Si usted la quiere como me ha demostrado, lo primero que debe procurar es que desaparezcan todas las sospechas que puedan acumularse sobre ella. Y ya no la molesto más.

Sacó dinero para pagar las consumiciones y una tarjeta que dejó sobre la mesa.

—Ésos son mis números de teléfono. ¡Ah! Tendré que conseguir un mandamiento judicial para hacer un registro en casa de su prima. Le concedo el que esté presente. Más no puedo hacer.

Eran ya cerca de las nueve de la noche. Nicole había tomado el tren de las 19.52 de regreso a Lyon, y aturdida y más desamparada que nunca se mostraba ajena por completo a las personas que compartían el mismo departamento del expreso Génève-Hendaya.

Cuando cerca de las once llegó a la estación, tomó un taxi para hacerse conducir a su casa en Collonges. Media hora más tarde el vehículo se detenía frente a la pequeña villa.

Su primera sorpresa fue ver luz en el interior. Sorpresa y susto a la vez.

Indecisa se quedó un momento a la parte exterior de la verja y entonces vio salir a Pierre Sinclair que hablaba con alguien a quien reconoció por la voz. Era Ivonne que estaba diciendo al policía:

—¿Qué era lo que esperaba encontrar?

—No lo sé exactamente. La policía no siempre busca cosas concretas. A veces un detalle facilita una pista.

—¿Le sigue preocupando ese pendiente?

—Usted mismo ha sido testigo, Ivonne. La pareja estaba en casa de su prima...

—¿Y qué puede significar esto? No prueba nada. Tal vez mi prima...

El detective había vuelto los ojos hacia la verja que acababa de abrirse. Nicole cruzó la entrada intentando aparentar la mayor serenidad.

—¿Has sido tú quien ha dado permiso para entrar en mi casa, Ivonne?

La voz no le salió tan firme como pretendía, pero en la penumbra su rostro, al menos, quedaba a cubierto de traicionar la inquietud que estaba segura de exteriorizar.

—¡Vaya! —exclamó el policía—. Pero si es la señora Dalman.

¿Ya de vuelta de su pequeña excursión?

—No comprendo. ¿Qué hacen aquí? —inquirió la recién llegada.

—Pues es fácil. Pensé que había huido y pedí una orden para echar un vistazo a su casa. Si me hubiera dicho que quería pasar la tarde en Génève nos habríamos ahorrado molestias.

—¿Por qué me siguen? ¿Qué es lo que sospechan? Yo no tengo nada que ver con ese hombre del que me habló, inspector.

El detective, tras un silencio durante el que examinó atentamente a Nicole replicó:

—Sé que es tarde y usted debe de estar cansada, pero no tengo más remedio que hacerle algunas preguntas. Pase usted, por favor. Entre usted también, Ivonne, pero tendrá que dejarme a solas con su prima. —Luego el detective hizo una seña a los dos agentes que le acompañaban que se reunieron con Damont, el gendarme que en varias ocasiones había sorprendido a Jacques otear con los prismáticos.

Poco después, en el salón principal de la casa estaban todos reunidos, menos el detective, Damont y Nicole que habían pasado al pequeño despacho de Jean Dalman.

El interrogatorio había comenzado.

Nicole ni siquiera se había dado cuenta de la pérdida del pendiente. Pierre se lo dijo con toda claridad.

—La otra pareja la hemos encontrado en su casa. Lo que hace suponer que anoche debía encontrarse usted muy nerviosa para no echarlo de menos. Esas argollas parecen de oro.

—No lo son... Además, no es la primera vez que me caen en la alfombra... Y tampoco tiene nada de extraño que encontraran en el césped del bosque mi pendiente.

—¿No?

—No. Algunas veces salgo a dar un paseo.

—¿Por la noche?

—¿Y por qué tuve que perderlo durante la noche? —Opuso ella, sorprendiéndose de la facilidad con que le salían aquellas mentiras. Y de la habilidad insospechada para improvisar respuestas.

Pero sabía que su fortaleza iba a decaer. Ella no estaba acostumbrada a andar con mentiras. Nunca había tenido ninguna necesidad de inventar nada. Su vida fue siempre clara y transparente. No. No tenía el suficiente talento para mantener

aquella falsa postura y de pronto todo se derrumbó ante ella. Fue cuando el detective parsimoniosamente soltó:

—En definitiva, señora Dalman... Yo no le dije que había encontrado el gemelo en el bosque. Dije en «el lugar» simplemente.

—Bueno. Creí que... Usted esta mañana dijo...

—Señora Dalman —repuso el policía atajándola con suavidad—: Será mejor que me cuente toda la verdad. Desde el principio. Yo no soy su enemigo. Pretendo ayudarla.

—¿Ayudarme? ¿Oree de veras que nadie puede ayudarme? —Prorrumpió en llanto. Fierre dejó que se calmara un poco.

—Vamos, vamos... Ese individuo era un sujeto poco recomendable. ¿Discutieron?

Ella no contestó.

—¿Trató de abusar de usted? ¿Cómo consiguió llevarla hasta ese lugar y de noche...? La autopsia ha revelado que Jacques Trevire murió poco más o menos sobre las diez... Entre diez y once para ser exactos. Fue una suerte hallar su cadáver tan temprano... Se pueden deducir muchos datos... Señales de lucha, golpes. ¿Qué pasó, señora Dalman, qué pasó?

Acorralada, Nicole se encerró sin embargo en un hermético mutismo. No quiso hablar, como si de repente hubiera perdido la facultad de discernir incluso, su mirada permanecía alejada, ausente, como si todo aquello no fuera con ella y se tratara de una escena de película de la que Nicole era simple espectadora.

Seguía aún en su casa, en el salón. Ivonne se había sentado a ruido. El agente Damont estaba junto a la puerta. Los otros dos agentes se hallaban en la parte opuesta. Fierre Sinclair encendió un pitillo en pie frente a las dos mujeres. Dejó el fósforo en un cenicero y murmuró:

—No quisiera tener que llevármela, señora Dalman, pero reconozca que no nos ayuda mucho.

Su prima también quería salir de dudas. Comprendía lo extraño de la situación y el atolladero en que estaba metida Nicole. Por eso instó:

—Sea lo que sea, díselo al detective. Si ese hombre te atacó y tuviste que defenderte no pueden hacerte nada, una tiene derecho a defenderse si la atacan...

Al fin Nicole decidió hablar, llegando hasta donde solo podía

comprometerse a sí misma.

—Salí a pasear. Estaba nerviosa. Ese hombre me sorprendió. Ni siquiera sabía su nombre. Me defendí. Es cierto, pero no le maté. Juro que no le maté.

A partir de ahí el detective quiso saber más detalles. Lo único que logró obtener fue la misma respuesta.

—Yo le dejé vivo. Estaba vivo. Corrí hacía mi casa. Eso es todo.

—¿No le golpeó?

—No... Sólo hubo algún forcejeo.

—Bueno. Estoy dispuesto a creerla, porque la contundencia del golpe no parece propio de la fuerza normal de una mujer. Hace pensar más bien en un hombre. ¿Estaba usted sola anoche, señora Dalman?

—¿Con quién iba a estar?

—¡Oh! ¿Es necesario todo esto? —adujo Ivonne.

—Mi querida Ivonne, si le permito estar presente no es para que nos interrumpa. De lo contrario me veré obligado a hacerla salir.

—Por favor, tenga piedad. Ya le he dicho que mi prima adoraba a su marido. ¿Cómo puede pensar que ella estuviera con otro hombre anoche si sólo hace...?

—Basta, Ivonne —cortó Nicole—. El inspector tiene razón. Él cumple con su deber. Pero no había ningún hombre conmigo. Se lo aseguro.

La mentira le dolía en lo más profundo, pero estaba dispuesta a no hablar.

—En razón a la desgracia que la aflige, voy a permitirle que esta noche descanse en su casa, señora Dalman —concluyó el detective—. Permanecerá vigilada. No trate de hacer ninguna escapada, porque tendría que detenerla formalmente. Por la mañana volveré. Me gustaría que fuera sincera conmigo.

Ivonne decidió quedarse para acompañar a su prima. Fierre accedió y antes de irse se volvió para lanzar una última pregunta:

—¿Ni siquiera puede decirme con quién se reunió en Génève?

—Con nadie.

—Está bien. Como quiera. Mañana seguiremos, pero no espere que sea condescendiente. Sólo puedo ayudarla si usted me ayuda. Buenas noches.

El detective había dejado vigilancia y naturalmente Nicole no

pudo pegar un ojo en toda la noche. Ivonne llamó a Claude para explicarle lo que ocurría y para que buscara un abogado.

Nicole se había negado, pero su prima era un auténtico torbellino cuando se proponía hacer algo. Nada podía detenerla.

Después y viendo el insomnio de su prima, trató de sondearla.

—¿Es que no confías en mí?

—Nada puedo decirte, Ivonne. Déjame, por favor. —Y contuvo los sollozos que pugnaban por salir de su garganta.

Sí. Estaba atrapada, acorralada, acosada por todas partes y a nadie podía contar su secreto.

Claude acudió tan pronto como supo la situación. Aquella misma madrugada. El policía de vigilancia en la casa le pidió que se identificara y le permitió entrar.

Tampoco Nicole pudo ser más explícita con el amigo de casi toda la vida que se quedó en la casa dormitando en el sofá para estar presente cuando el detective regresara.

Claude, a pesar de la hora, llamó a un abogado, luego Ivonne se reunió con él y explicó:

—Quiere estar sola —se refería a su prima—. Yo no sé qué pensar.

Claude no contestó.

Nicole, en su habitación, había puesto el cheque de la compañía de seguros en un sobre.

Antes hizo un endoso al dorso y lo firmó, adjuntando una nota que decía:

«Pon tú mismo en el endoso el nombre que decidas adoptar. Es posible que yo no pueda ir. Creo que van a acusarme formalmente. Intentaré hacerte llegar esto».

Firmó con su nombre de pila, sin añadir nada más. Eran palabras frías, no le salió nada más. Cerró el sobre y dudó al poner las señas.

Recordó que su marido en el hotel había mostrado su carta de identidad y por lo tanto estaba inscrito con su verdadero nombre. Lo puso en el sobre: Jean Dalman. Hotel Delacour, rue de Lausanne. Génève. Buscó en el mueble, en un cajoncito donde a veces guardaba sellos. Tuvo que buscar en varios sitios más y al fin dio

con algunos. Puso más de los necesarios porque desconocía la tarifa, luego escondió la carta en su escote y salió de la habitación sin hacer ruido para dirigirse a la escalerilla que subía al desván. De allí se llevó una escalera de mano procurando no hacer ruido.

Tardó varios minutos en regresar a su habitación. Sudaba de pánico ante la posibilidad de que alguien pudiera descubrirla. Tuvo suerte.

Se encerró en su cuarto, abrió la ventana y sacó la escalera al exterior. Le costó dominarla y la madera golpeó un par de veces contra la pared exterior, pero nadie pareció haber escuchado el ruido.

Apoyada la escalera contra la pared quedó algo más abajo del alféizar, pero con algún esfuerzo consiguió salir y bajar a través de los barrotes hasta llegar al suelo. Era la parte lateral de la casa. Nadie la había visto. Tenía que darse prisa en depositar la carta en el buzón de la plaza. Echó a correr en el momento en que Ivonne había decidido subir de nuevo.

—Déjala que descanse —había aconsejado Claude.

—¿Crees que dormiré? Yo no podría si estuviera en su sitio —comentó la muchacha—. Ni puedo ahora.

Jadeante, Nicole se aproximaba ya al buzón.

Ivonne se había empeñado en subir y ya estaba a media escalera.

Nicole depositó la carta a través de la ranura.

Su prima estaba ya junto a la puerta del cuarto. Probó de girar el pomo de la puerta y comprobó que estaba cerrada por dentro.

Nicole regresaba ya corriendo, temerosa de que alguien pudiera sospechar su ausencia.

Ivonne golpeó con los nudillos, suavemente.

—Soy yo... ¿Por qué has cerrado?

No halló respuesta y aguardó unos instantes.

Nicole, más por nervios que por cansancio casi no podía respirar. Dio de nuevo el rodeo necesario para regresar a la parte lateral donde la misma escalera de mano le facilitaría la entrada por la ventana.

Su prima insistió en llamar.

—Nicole... ¿Te encuentras bien?

Nicole sentía que sus pulmones estaban a punto de estallar. Subió la escalera con escasas fuerzas, mientras Ivonne desistía ya de

llamar.

—Bueno... Quizá se ha quedado dormida. Le hará bien descansar. —Pero aun así aguardó unos instantes. Eso le permitió escuchar algunos ruidos extraños que por lo menos probaban que Nicole no estaba dormida.

Cuando la dueña de la casa consiguió entrar en la habitación pudo escuchar la voz de su prima llamándola.

—¿Qué quieres? Déjame... Me había dormido. Déjame, por favor. —Y se dejó caer sobre la cama. Ya no le importaba lo que pudiera ocurrirle. Su marido recibiría el dinero. A fin de cuentas era lo que deseaba. Sí. El dinero para él, era lo más importante.

Aquella mañana y ante el persistente mutismo de Nicole, el detective ordenó su traslado a la comisaría. Era una detención preventiva.

—No puede acusarla por haber encontrado un pendiente suyo en el lugar del crimen. Eso no es una prueba —protestó Ivonne.

—No sabía que fuera, usted abogado —repuso el detective con menos humor que de costumbre—. Pero, escúcheme bien, han pasado tres días desde que la detuve y sigue empeñada en no querer hablar. Oculta algo. Eso es evidente, encubre a alguna persona.

—¿Ha buscado acaso a otros posibles sospechosos?

—Esté segura de que sí, Ivonne, pero por extraño que parezca ese hombre no tenía enemigos, ni poseía bienes que despertaran la codicia... Tuvo que ser su prima. Y lo siento.

—Pero si usted mismo dijo que el crimen tuvo que haberlo cometido un hombre.

—Exacto. Un cómplice de la señora Dalman. En tal caso puedo acusarla de encubridora. Ella estuvo allí, admitió que había forcejeado con la víctima. De veras que lo siento, Nicole. No puedo hacer nada más.

Y el detective parecía profundamente preocupado, eso impedía que Ivonne pudiera sentir rencor hacia él, porque ella misma también estaba convencida de que su prima ocultaba algo, pero estaba muy lejos de sospechar la verdad.

CAPÍTULO VI

La primavera dio paso al verano. Agosto se llevó a la gente de vacaciones. Las playas de las márgenes de la Saône se vieron frecuentemente concurridas.

El juez había admitido las acusaciones y Nicole quedó procesada inculpada de haber tomado parte de un modo u otro en la muerte del *voyer*.

Para Ivonne no era un secreto que el detective Pierre Sinclair no había abandonado por completo el asunto, aunque oficialmente no fuera ya de su competencia.

Algunas veces había hecho por verla a ella (a Ivonne). Y le había hablado sinceramente.

—Lo extraño es que el cómplice no de ninguna señal de vida... Quizá confía en que salga absuelta. De cualquier modo está claro que la ha abandonado a su suerte. Debe significar mucho para ella.

—No puedo entenderlo —murmuró Ivonne.

Aquel día Pierre y la muchacha habían ido a una playa del Rhône. Hablaron bastante del asunto.

—Nada está claro en este asunto, excepto una cosa: la intervención de tu prima. ¿La has visto últimamente?

—Muy poco. Prefiere estar sola. Todos parecen estorbarla. Claude también intenta verla, pero ella apenas le hace caso.

Nicole gozaba de libertad provisional hasta tanto se celebraba el juicio, pero apenas usaba de esa libertad porque casi nunca salía de casa.

Así llegó el veintidós de setiembre. Casi cuatro meses habían pasado desde la muerte del *voyer*. Un individuo más bien alto, proporcionado y de aspecto fuerte se apeó de un automóvil matrícula de París.

Había detenido el auto en la plaza que cruzó mirando en derredor con cierta curiosidad, hasta llegar a la verja de la casa de

Nicole. Abrió empujando la puerta, cruzó el jardín totalmente descuidado y llamó a la puerta.

Nicole tardó más de un minuto en abrir y hallarse ante el desconocido.

—¿Qué desea usted? —inquirió ella, fijándose en aquel rostro desconocido.

La voz del hombre sonó grave y serena, agradable incluso.

—Nicole... Sé que es muy difícil que puedas reconocerme... Quería prevenirte, pero no sabía cómo hacerlo.

Los ojos de la mujer se desorbitaron. Él siguió hablando.

—Sí, Nicole. Soy yo, Jean... Han hecho una obra de arte conmigo... Hasta mi voz es diferente. Me ha costado todo ese tiempo y un montón de dinero... pero valía la pena.

—Je... an... —Apenas pudo balbucir ella. Y se desmayó.

Repuesta ya, Jean frente a ella le explicaba cosas que Nicole casi no oía.

Se sentía ante un extraño que le hablaba con voz distinta. Nada en su tono le recordaba al hombre que había amado. Su físico era igualmente diferente. No... Aunque él afirmará ser Jean, para ella sería siempre otro individuo, un perfecto desconocido.

—Me enteré de lo que te estaba ocurriendo, pero nada podía hacer por ti. Ahora es distinto. Tengo un nombre nuevo y un rostro nuevo también. Ahora podré protegerte, amor mío... He pensado mucho en ti. —Se aproximó para besarla, pero instintivamente ella se separó. Tenía la sensación de que si le besaba lo haría como a un extraño.

Hasta la forma de su rostro merced a la intervención sufrida había cambiado, igual que sus labios.

—No seas tonta... Soy yo mismo. El de siempre.

No insistió ante la actitud defensiva de Nicole que se hallaba demasiado aturdida.

—Buscaremos un buen abogado —murmuró él—. Saldrás de esto.

—Ya tengo un buen abogado. Claude e Ivonne no me han dejado —repuso Nicole.

—Bueno, de cualquier modo saldrás bien, pero si lo prefieres te llevaré conmigo.

—Huir no serviría de nada. A menos que hayas decidido que

cambie también mi aspecto.

—Sé que han sido duros tiempos para ti —admitió Jean—. Pero todo será distinto. Ya verás... Nos casaremos de nuevo. Todo se hará legalmente. Tendrás que presentarme a los demás. A Ivonne y a Claude sobre todo, tienen que acostumbrarse a verme contigo. A propósito, mi nuevo nombre es Dubois. Marcel Dubois. No es muy original, pero no pude elegir y no me sabe mal. Es corriente, lo que a mí me convenía...

La conversación quedó interrumpida a consecuencia de una llamada a la puerta.

Ella sintió un sobresalto.

—Bueno. Ve a abrir —sonrió Jean.

El que llamaba era Claude y Nicole sintió aumentar su temor, tanto que el propio Claude creyó advertir que algo le ocurría. Luego vio al hombre que avanzaba hacia el *hall*.

—No sabía que tenías visita —murmuró clavando los ojos en el «desconocido».

Ella tragó saliva y dijo lo primero que se le ocurrió.

—Es un antiguo amigo de Jean...

Tal explicación pareció intrigar aún más al suspicaz y celoso Claude.

—Dubois. Marcel Dubois... —se presentó Jean a sí mismo—. Nicole y yo nos conocemos hace tiempo, pero desde muchos años no nos habíamos visto.

—Yo también era amigo de Jean —murmuró Claude con aire desconfiado—. Es extraño que no nos hubiéramos conocido.

—Normalmente resido en París... Por cierto, no es de extrañar que Nicole parezca aturdida. Acabo de enterarme de lo que le sucede... ¡Oh! Conociéndola es absurdo pensar que ella pueda tener que ver con un asunto semejante.

—Debe usted conocerla muy bien...

Ella intervino para cortar aquella incipiente violencia que planteaba la situación.

Jean, por su parte, se movía con una soltura increíble. Se había amoldado a la perfección a su nueva fisonomía y ella creyó advertir hasta un aire cínico en su sonrisa, en su forma de mirar, o de burlarse tal vez de Claude.

—¡Oh, sí! Siempre fuimos buenos amigos —había respondido

Jean.

—Siéntate, Claude —cortó ella—. ¿Quieres que te sirva algo?

—No, no, gracias... Si molesto me iré.

—No, Claude, no molestas —repuso Nicole, nerviosa.

Se hizo un silencio que al único que parecía divertir era al resucitado y nuevo Jean que lo rompió para decir:

—Ya vendré en otro momento, Nicole. Seguiremos hablando de lo «nuestro» —y dirigiéndose a Claude levantó la mano en un ambiguo saludo para decirle—: Adiós, amigo.

Cuando hubo dejado la casa y Claude se encontró a solas con Nicole, se aproximó y trató de cogerla por los hombros.

—¿Quién es ese hombre?

Ella no respondió. Se volvió hacia la ventana a tiempo de ver cómo el soberbio automóvil de su «marido» se alejaba dando un rodeo a la plaza a poca velocidad como si tratara de exhibirse. Se le antojó orgulloso, seguro de sí mismo, a pesar de sus deseos de ayudarla... ¿Cómo podía ayudarla si tenía que enfrentarse ante un juicio?

—¿Por qué no contestas? —insistió Claude—. Te encuentro nerviosa. Esa visita te ha trastornado.

—Déjame, por favor —murmuró ella.

—No, Nicole. Siempre dices lo mismo, que te deje. Pero yo sé que te ocurre algo. No te reprocho la falta de confianza que siempre has demostrado, pero ahora... ¿Quién es ese hombre?

Aquella noche Jean regresó. Ella esperaba su visita. No la esperaba con ningún entusiasmo, sabía simplemente que él volvería. Seguía nerviosa, inestable.

—Empiezan a hacer preguntas. Todos las harán. Incluso Sinclair cuando se entere.

—¿Sinclair?

—Pierre Sinclair, el detective. Es bastante amigo de Ivonne.

—Ivonne nunca supo elegir bien sus amistades...

—El detective se ha portado siempre bien. Él trató de ayudarme. Sólo cumple con su deber. Si yo hubiera podido contarle la verdad... ¡Oh, Dios mío! No he querido decir esto.

—Bueno, que pregunten cuanto quieran. Jamás podrán identificarme. ¿Comprendes? Claude no me ha reconocido. Ni tú misma.

Nicole se volvió hacia él. Seguía pareciéndole un extraño, un desconocido. Acaso sólo por la forma de enfocar las cosas, por la manera de gesticular, de expresarse... Sí, por ese par de cosas podía recordarle, aunque remotamente, a su marido, al auténtico Jean, al hombre que había muerto oficialmente hacía más de cuatro meses...

—Jean... aunque yo salga con bien de todo, jamás podremos volver a empezar.

—¿Qué lo impide? ¿Acaso en ese tiempo...? ¡No me digas que Claude y tú...!

—¡Cómo puedes pensar esto! Claude solo, ha tratado de ayudarme. Todos han querido ayudarme. Sólo yo he puesto obstáculos, porque estoy sola.

—Ahora ya no lo estarás.

—¿No? ¿Qué puedes hacer tú?

—¡Vámonos ahora mismo!

—¿Quieres que mi vida sea una huida continua?

—Yo te protegeré.

—No, Jean. En el fondo tú siempre has pensado solamente en ti mismo.

Ninguno de los dos había advertido la sombra que desde hacía algún tiempo se movía en el patio. Tampoco escucharon los pasos de una persona aproximándose hacia la lateral donde estaba la puerta que daba acceso a la casa por la parte de la cocina.

La silueta de alguien que en la oscuridad escuchaba la conversación...

Pero retrocedamos sólo unas horas...

Claude se había entrevistado con el detective Sinclair.

Pierre escuchó atentamente la declaración de su interlocutor.

—¿Nunca había visto usted a ese hombre antes de ahora? —le preguntó el policía.

—No. No lo había visto, pero tengo la sensación de que ella le teme. Hoy la he encontrado muy nerviosa y...

—¿Cómo dijo que se llamaba ese hombre?

—Dubois. Marcel Dubois. Dijo que era un antiguo amigo de Jean Dalman, pero es extraño que antes jamás me hubiesen hablado de él.

—No tenía usted que conocerle necesariamente...

—No, claro, pero en este caso siempre ha habido algo extraño. Usted sostuvo que ella tiene un cómplice.

—¿Dónde se hospeda ese Dubois?

—No lo sé, pero puedo averiguarlo. Sé que volverá a la casa. Trata a Nicole con mucha familiaridad. Eso también es sospechoso.

—Un cómplice al que nadie conoce —murmuró el detective como si hablara consigo mismo—. Es extraño. Si se tratara de algún conocido. ¿Por qué supone que Nicole Dalman pueda temerle?

—No lo sé, pero yo diría que ella... que ella vive amenazada.

—Bien, haremos las averiguaciones pertinentes. Gracias por haberme advertido. —Y el policía despidió a su informante.

Aquella noche el gendarme Paul Damont había recibido el encargo especial de estar atento alrededor de la casa de los Dalman.

Paul había visto llegar el coche de Dubois. Un automóvil que Claude había descrito perfectamente.

Y Paul estaba dentro de la casa. Nicole Dalman había tenido la precaución de cerrar las cortinas para que desde fuera no pudiera verse el interior de la casa.

El policía se quedó unos instantes junto al automóvil. Luego echó a andar. Pasó la verja y dio un rodeo a la casa.

Dentro Jean y su esposa seguían hablando. Más que hablar era una discusión.

—Lo he pensado bien, es mejor que vuelvas a marcharte —decía ella.

—¿Quieres darme a entender que lo nuestro... ha terminado?

—Sí —admitió ella.

—Eso no voy a consentirlo.

—Es inútil. No eres el mismo. Todo este tiempo me ha parecido una eternidad. Me siento viuda de verdad... ¿Comprendes? Viuda.

—¡Basta de tonterías! Estás nerviosa.

—Vete, por favor, déjame.

—¡No!

—Te digo que te vayas. No puedo resistirlo... Por favor. —Ella en los últimos momentos incluso omitía llamarle por su nombre: Jean. Porque para ella ya no existía.

—Estás loca. Y demasiado nerviosa. Lo echarás todo a perder y no estoy dispuesto a consentir...

—Puedes estar tranquilo. He sabido callar hasta este momento y

seguiré callando, pero me he convencido que entre tú y yo ya no puede existir nada.

—No me iré.

—¡Vete! —gritó ella.

Su paciencia, su silencio de meses, su estado de ánimo estalló de pronto en un ataque histérico. Él tuvo que calmarla golpeándola en la mejilla.

—¡Basta, basta!

Desde el exterior, quienquiera que escuchara hubiese podido oír un forcejeo, un ruido como de lucha. Luego unas voces tenues y el silencio de nuevo.

Por fin la puerta principal se abrió de nuevo y apareció Marcel Dubois que salía agitado, nervioso. Se dirigió a su coche, lo puso en marcha y partió rápidamente.

El policía salió de la penumbra y llegó hasta la verja a tiempo de ver cómo el auto de Dubois se alejaba. Quedó unos instantes pensativo y se volvió hacia la casa.

Seguramente el gendarme se preguntaba qué era exactamente lo que había ocurrido en el interior del inmueble.

Como su misión tenía un carácter particular, pensó que era mejor informar de lo ocurrido al detective Sinclair a quien llamó por teléfono desde la cabina de la plaza.

Cuando obtuvo comunicación, le explicó la parte de la conversación que había oído.

Sinclair, desde su domicilio particular, replicó:

—No quiero que se sienta vigilada. Esto podría estropear las cosas. De todos modos siga ahí. Yo iré en cuanto pueda. Nada más, Damont, y gracias.

Colgó.

El gendarme colgó también y salió de la cabina. El silencio en la plaza era total. La oscuridad quedaba rota por los faroles que bordeaban el lugar.

La silueta de la casa de los Dalman quedaba sumida en la penumbra.

Fierre Sinclair dudó un instante y decidió llamar a Ivonne. Marcó el número de teléfono de la muchacha, pero nadie respondió a la llamada. Lo intentó de nuevo y decidió tomar el coche para dirigirse a Collonges.

Volvamos al instante en que Jean Dalman, alias Marcel Dubois, abandonó la casa.

En el interior Nicole permanecía inmóvil en una butaca. Alguien se movía tras ella. Avanzaba lentamente.

De pronto Nicole reaccionó con la impresión indefinida de la presencia de un ser inoportuno. Se volvió.

Tras suyo todo estaba oscuro. El que avanzaba quedaba en la penumbra y la niebla producida por el llanto que emborronaba los ojos de la mujer le impedían ver con claridad.

—¿Quién... quién es...?

La persona detuvo su marcha. Un par de ojos brillaban con fulgor en la oscuridad.

Pierre Sinclair llegó a la plaza doce minutos después de que el gendarme le hubiese llamado por teléfono. Unos quince aproximadamente desde que Dubois había salido de la casa.

El gendarme, contestando a una muda pregunta de Pierre, murmuró:

—Nada. Todo igual.

—¿Han discutido?

—Sí, señor. Y no hay duda de que se conocen de tiempo.

—¿Cómplices?

—He anotado algunas cosas de las que he oído mientras le esperaba a usted. —Y al decirlo entregó una libretita donde el policía uniformado había escrito algo con un bolígrafo:

«¿Quieres darme a entender que lo nuestro ha terminado?».

«Eso no voy a consentirlo».

«Puedes estar tranquilo... He sabido callar hasta este momento».

Había otras frases de las que se dijeron en la última fase de la conversación. El detective guardó la libretita.

—Sí. Esto puede ser interesante. —Consultó el reloj y observó que eran las diez de la noche—. Voy a llamarla por teléfono, como si estuviera en la comisaría. Luego decidiré lo que haremos.

Fierre entró en la cabina y marcó el número de Nicole. Dejó que

el timbre sonara varias veces sin que nadie tomara el receptor.

El gendarme aguardaba fuera mirando en derredor. La casa seguía silenciosa, envuelta en la penumbra, en el misterio...

Pierre intentó llamar de nuevo con idéntico resultado.

Salió de la cabina y comentó:

—Es extraño. ¿Está seguro de que ella sigue dentro?

—Por lo menos por aquí no ha salido. Eso puedo asegurarlo.

—¡Vamos! —exclamó el detective y corrieron ambos hacia la parte de atrás donde existía la puerta del muro por dónde podía salirse al sendero cercano al río.

Pierre comprobó que la puerta estaba cerrada.

—No sé, pero diría que no ha salido por aquí. —Se inclinó para mirar a través del ojo, de la cerradura.

En aquellos instantes una sombra se deslizaba por la parte lateral de la casa, la que estaba entre los muros. Furtivamente se alejó por el borde de la plaza hacia el callejón que conducía al sendero de la Saône.

El detective, en su afán observador, vio algo muy significativo. Por el resquicio de la puerta pudo fijarse que la cerradura no estaba corrida.

—Mire esto. Está cerrada por dentro con un baldón o pasador o algo por el estilo, pero no con llave.

—Por tanto —adujo el gendarme—, no puede haber salido por aquí.

Una sospecha puso al detective en marcha. El gendarme le siguió.

Poco después ambos llamaban a la puerta principal sin obtener respuesta. Pierre sacó unas llaves de su bolsillo y dijo:

—Esto quizá no sea muy legal, pero es necesario.

—Completamente de acuerdo, señor —repuso el subalterno.

Tras forcejear brevemente, Pierre consiguió abrir la puerta cerrada simplemente sin echar el cerrojo.

Cruzaron el pequeño *hall* para llegar al salón envuelto en la penumbra.

No necesitaron ver mucho para descubrir el cuerpo de Nicole. Estaba tendida en el suelo, con la cabeza apoyada contra el primer peldaño de la escalera que conducía al piso superior.

Rápidamente, Pierre se inclinó hacia ella. La auscultó, luego la

tomó el pulso y por fin levantó uno de los párpados cerrados de la mujer.

Su comentario no sorprendió al gendarme que ya había comprendido de antemano:

—Está muerta.

En aquellos momentos, un automóvil arrancaba desde la zona del bosque próxima al río.

CAPÍTULO VII

Detuvieron a Marcel Dubois a la tarde siguiente.

Marcel había estado llamando a Nicole sin obtener respuesta. Por eso decidió volver. Aquello facilitó la labor policial que se había desplegado en averiguar en qué hotel se alojaba el desconocido Dubois.

En el despacho de Pierre Sinclair, Marcel Dubois negó rotundamente.

—¡Esto no es cierto! Yo no maté a Nicole... ¿Cómo iba a matarla? Era... Era una persona muy querida por mí.

—Usted era su cómplice en la muerte de Jacques, el *voyer* con el que ella peleó en el bosque junto a la Saône.

—¡Oh, no, no, no! —Marcel Dubois se mesaba los cabellos. Había podido huir impunemente. Había logrado lo más difícil, y ahora le acusaban de un crimen que no había cometido. ¡Nada menos que de haber matado a su esposa!

¿Pero cómo explicar la verdad?

—Confiese, Dubois... Ella se cansó de guardar el secreto y le dijo que estaba dispuesta a contárnoslo todo...

—No es verdad. Ella no dijo nada de esto.

El detective le leyó algunas de las frases anotadas por el gendarme Damont.

—Sí. Discutimos. Lo admito, pero yo no la maté.

—Pelearon. En la lucha ella cayó y se dio de cabeza con el canto de un escalón. Eso le produjo la muerte. Usted huyó rápidamente...

—¡La he estado llamando todo el día! ¿Cree que la hubiera llamado si hubiese tenido la certeza de que estaba muerta? ¿Cree que hubiese vuelto a la casa? Y no me salga con que todos los asesinos vuelven al lugar de crimen. Ésa es una filosofía pasada de moda.

—Cálmese, señor Dubois... Quizá usted no estaba muy seguro de

que Nicole Dalman hubiese muerto y quiso tener la certeza absoluta y por ello la llamó, y para mejor asegurarse fue a su casa otra vez.

—¡Falso! Yo la dejé viva... Si había alguien escuchando... — Palideció al pensar que el policía que había estado escuchando pudiera haber oído la «verdad».

Pero ignoraba que cuando el sargento se aproximó a la casa, no se nombraron nombres ni hechos concretos en el interior. Ninguna vez había sonado el nombre de Jean...

—Siga —pidió el detective.

—Tenía que haber otra persona escuchando... además de su agente —espetó él—. El verdadero asesino. El hombre que luchó con Nicole.

—No entró ni salió nadie más de la casa. —Y el detective pensó en algo que hasta aquel instante no se le había ocurrido, pero lo guardó para sí. En cambio preguntó—: ¿Quién sugiere que podía estar escuchando?

Esto es exactamente lo que estaba intentando averiguar Jean Dalman, alias Marcel Dubois. Puesto que él no había matado a su esposa. Tenía que haber sido otra persona... ¿Quién?

—Porque... ¿Por qué no lo averiguan ustedes? Es su oficio.

—Bien, dejemos esto por el momento, señor Dubois —cortó el policía—. Explíqueme exactamente de qué conocía a la señora Dalman.

—Ya se lo dije al principio. Era amigo de su marido. Nos conocimos cuando ella vivía en Avignon, con su madre. Coincidimos en algunas fiestas.

—Ya... Y entretanto, ¿qué ha hecho usted? Porque al parecer llevaba tiempo sin ver a los Dalman.

—Bueno. He estado por... el extranjero.

—¿De qué vive?

—No creo que eso importe a nadie... —Y ante la mirada fija e incisiva del policía añadió—: Bueno, recibí una pequeña herencia. Me permite vivir. Y no diré nada más. Esto afecta a mi vida privada que no le importa a nadie.

—Una vida deja de ser privada cuando hay un crimen de por medio y un sospechoso número uno. En este caso usted. El agente Damont le vio entrar y salir de la casa. Durante ese tiempo no vio a nadie más. Así que... no creo que necesitemos más pruebas.

—Yo no maté a Nicole Dalman —repitió el detenido.

—Ya seguiremos hablando de esto más tarde. Ahora vayamos a la casa. Quiero que me explique su versión de lo ocurrido.

—¡Con mucho gusto! —replicó Marcel, que creyó preferible aquello que se proponía hacer el detective a que lo encerraran.

Después de todo, creía tener una idea vaga de lo que podía haber pasado.

Setiembre con los días más cortos, a las siete y media de la noche —hora oficial de Francia—, era ya prácticamente oscuro.

En el interior de la casa de los Dalman, Jean —alias Marcel—, explicó lo ocurrido, sin detallar demasiado en las palabras. Como no tenía otra salida para la discusión inventó una historia.

—La verdad es que Nicole y yo nos habíamos visto alguna vez... Si ella dijo «he callado hasta este momento» se refería que entre ella y yo... Bueno, ustedes ya me entienden.

—¡Miente! —saltó Ivonne que junto con Claude habían sido invitados por Pierre para presenciar la reconstrucción de los hechos.

—¡Miente! —insistió—. Mi prima jamás tuvo un amante. Estaba loca de amor por Jean. Ese hombre no dice la verdad. Nadie le conoce. No es verdad lo que dice.

—Por favor, Ivonne —pidió el policía—, procure guardar silencio. Comprendo su impaciencia por descubrir el culpable, pero en este momento toca el turno de hablar al señor Dubois. Siga.

Marcel aceptó que discutieron.

—Y lucharon —sugirió el detective.

—Bueno. Yo trataba de besarla. Ella me lo impidió y la pegué un par de veces.

Notó que la mirada de Claude estaba fija en él y pensó si sería Claude el que había estado escuchando... escondido en cualquier parte.

—¿Qué más? —preguntó el detective.

—Nada más. Entonces me marché.

—Dijeron algo, pero en tono más bajo —adujo el gendarme que había estado a la escucha.

—Bueno. Creo que ella me insultó, pero fue fruto de lo ocurrido. —Y se volvió hacia Ivonne, cuyos ojos brillaban llenos de odio, y él lo comprendía porque la muchacha siempre había sentido un gran afecto por su prima.

Pero ¿acaso ella...?

Jean pensaba que el que hubiera estado escondido tenía que haberse enterado de todo, porque al principio de la conversación ella le había llamado «Jean» varias veces y dijeron cosas que podían descubrir la verdad.

Pero, no... Ivonne no podía haber sido la causante de la muerte de Nicole. A menos que...

¿Y si tras su marcha Ivonne hubiese aparecido y discutieran a causa del secreto descubierto? Tal vez Nicole, ofuscada, intentó algo contra su prima y en la lucha cayera, dándose contra el peldaño.

Sus raudos pensamientos fueron cortados por el detective:

—¿Fue con usted con quien se entrevistó en Suiza la señora Dalman? —Pierre había soltado la pregunta de pronto. Jean sintió una sacudida dentro de sí, pero supo reaccionar.

—No sé de qué me habla.

Marcel seguía observándole fijamente, como si tratara de ver el fondo de su ser, lo que había más allá de su piel.

El detective murmuró:

—Bien. Lo averiguaremos.

—Está bien —Jean lo pensó mejor. ¿Por qué no?—. Sí. Nos veíamos en Suiza. En Génève. No tengo por qué negarlo. Ella me contó que su marido había muerto y yo quise casarme con ella, pero le pareció prudente que esperáramos algún tiempo. Volví precisamente para ver si había cambiado de opinión. Ésa es la verdad.

—Tendremos que investigar algunas cosas, señor Dubois. Voy a darle una oportunidad. Voy a dársela por un solo motivo. Usted salió de la casa, según el agente Damont a las nueve y cuarenta y cuatro minutos, y el reloj de Nicole señalaba las nueve y cincuenta y cinco cuando la encontramos muerta al pie de la escalera. Once minutos de diferencia. El reloj se había parado once minutos más tarde. Claro... no todos los relojes se detienen en el momento en que se produce un golpe, pero le daremos un margen de confianza. No podrá abandonar la ciudad en absoluto y estará en todo momento a mi disposición. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —aceptó Jean (alias Marcel), con una idea fija.

—¡Pero, señor! —exclamó el agente Damont a solas con Pierre—. Si la señora Dalman no llevaba reloj. Yo no...

Pierre le cortó sonriendo:

—Apuesto a que este detalle puede pasar desapercibido a un asesino de circunstancias. Evidentemente la muerte se ha producido de forma fortuita, una lucha. El causante en estos casos está demasiado nervioso para fijarse en los detalles. Pero como ardid vale. Dejemos que se confíe.

—¡Ah, comprendo! Se trata de una trampa —sonrió el agente.

Claude había regresado con su automóvil acompañando a Ivonne. Se mostraba bastante nervioso. Sus reflejos fallaron un par de veces cuando en la carretera trató de adelantar a otro automóvil.

—¿Qué te pasa? —inquirió ella.

—¡No debía haberlo dejado en libertad! No debía —exclamó Claude.

—Es muy extraño todo... Nicole muerta... No acierto a comprender.

—¡Yo, sí! Y Sinclair debe saber la verdad.

—¿La verdad?

Atento a la carretera, pero igualmente nervioso, Claude murmuró:

—Ese hombre... ¿Sabes? Es difícil que puedas creerlo, pero... —vaciló.

—Bueno. Dilo. ¿Qué es lo que sabes de él?

—Es terrible, Ivonne.

Ella lanzó un suspiro. Le fastidiaban las vacilaciones de Claude.

—Es Jean... ¡Jean! —soltó al fin.

—¿Quéee?

—Sí. Marcel Dubois es Jean.

—Tú estás loco.

—Lo sé, Ivonne. Anoche oí una conversación. Yo... Bueno. Yo lo oí. Ella le llamaba Jean...

—¡Esto no puede ser, Claude! Hace más de cuatro meses que murió.

—Me gustaría ver su cadáver, pero no tengo necesidad. Estoy seguro.

—Pero... ¡Dios mío! ¿Te das cuenta de lo que dices?

Estaban ya entrando en Lyon, cerca del puente Winston Churchill.

—Para, para —exclamó ella—. Tú no estás bien de la cabeza.

Claude frenó bruscamente.

—Job.

Jean Dalman había ido directo a su hotel. Estuvo unos momentos observando la calle a través del ventanal de la terraza.

Había supuesto que el detective le haría vigilar porque quería saber cuáles iban a ser sus pasos a partir de aquel momento.

Eran ya más de las nueve y la gente que sale de noche estaba ya en los cinematógrafos o en los bares.

Jean tomó la decisión de obrar por su cuenta burlando la vigilancia y supo cómo hacerlo.

Subió al terrado del edificio de ocho plantas. Al lado había otro de inferior altura, un piso menos. Lo salvó de un salto y lo recorrió hasta el final. Saltó a la casa vecina de la misma altura y luego trepó por la siguiente por una escalerilla de barrotes de hierro empotrados a la pared.

De ese modo consiguió llegar hasta la esquina. Recorrió aún otros tejados hasta hallar uno que tenía la puerta de la escalera abierta y se hallaba alejado de la entrada principal del hotel, cuya luz había dejado abierta para que los que vigilaban su terraza no sospecharan su ausencia, al menos hasta que estuviera lejos.

Jean, bajando la escalera del edificio por el que había entrado utilizando la azotea llegó hasta la calle. Corrió rápidamente hasta uno de los andenes de la parte izquierda del Rhône.

Un taxi se había detenido para dejar a una pareja y llamó al vehículo.

—Deprisa. A la rue Majervols.

El chófer arrancó rápidamente y dobló hacia el primer puente.

Claude había detenido el coche a instancias de Ivonne que quería saber más cosas sobre el asunto.

—¿Por qué no has hablado con Pierre Sinclair?

—Ella está muerta. ¿No lo comprendes? Yo sí empiezo a comprenderlo... No sé cómo pudo ocurrir, pero Jean vive. Aprovechó esa extraña circunstancia para cobrar el seguro de vida. Un millón de francos. ¿Recuerdas? Es el único motivo que pudo impulsarle a silenciar su resurrección.

—Un momento... Recuerdo que una vez... —Ivonne hacía memoria—. Sí. Creo que mi prima me habló de... Ataques

catalépticos...

—¡Yo también lo recuerdo, Ivonne! Jean tenía un miedo cerval a que le enterraran vivo. No quería hablar de ello para que no se rieran, pero se hizo construir ese panteón. Es distinto de los demás...

—¡Claude! —exclamó ella, decidida—. Vamos al cementerio.

—No es necesario. No hay nada allí.

—Quiero verlo. Esto es demasiado fantástico. ¡Vamos! Si no iré yo sola.

—Pero no podemos...

—Sí, podemos. En casa de Nicole habrá una llave. Las llaves del panteón. ¡Vamos, Claude! Arranca de una vez.

—Pero si alguien nos ve...

—No hay vigilancia en la casa. ¿Y a quién demonios quieres encontrar en el cementerio a esta hora? ¡Vamos, démonos prisa!

Claude, casi como un autómatas, hizo dar la vuelta al automóvil para regresar a Collonges.

En un edificio de la rue de Majervols, en los buzones exteriores, podía leerse en el correspondiente al segundo piso puerta c el nombre de Claude.

Jean llamó insistentemente el timbre exterior. No podía entrar si Claude no le abría desde la puerta. Pero su llamada resultó inútil. Claude no estaba en la casa.

Jean pensó unos momentos. Tal vez en casa de Ivonne. Buscó una cabina de teléfonos y entró en ella. Conocía de memoria su número. Llamó y tampoco obtuvo respuesta.

Trató de imaginar dónde se encontraría Claude, porque deseaba hablar con él, porque tenía una sospecha...

Su primera intención fue llamar un taxi, pero después lo pensó mejor y buscó un coche cuyo propietario hubiese olvidado cerrar la puerta. No le fue demasiado difícil hallar uno. Luego se las arregló para dar el contacto y se alejó rápidamente de la rue de Majervols.

Claude e Ivonne habían conseguido entrar sigilosamente a la vacía casa de Nicole Dalman, para ello tuvieron que romper uno de los cristales de la cocina.

—Esto que hacemos es peligroso. Si Sinclair lo averigua...

Ivonne demostró mucha mayor decisión que Claude y fue ella

quien primero saltó. Tuvo que buscar bastante hasta dar con el manojo de llaves pertenecientes al panteón. Había dos.

—Una debe ser de la puerta del oratorio. La otra de la recámara. ¡Vamos!

Al ir a salir tuvieron que aguardar a que una pareja de gendarmes que estaba efectuando la ronda terminara de cruzar la plaza, lo cual para Ivonne lo hicieron con exasperante lentitud.

Al fin pudieron salir, al tiempo que unos faros amortiguados de un coche que seguía por el sendero del río asomaron por la esquina. El automóvil se detuvo. Ni Ivonne, ni su acompañante, con las prisas observaron la presencia del automóvil que ya con los faros apagados era sólo una silueta al fondo del callejón. Un coche aparcado simplemente.

Tardaron sólo unos tres minutos en llegar a la entrada del cementerio. Estaba oscuro y solitario.

Avanzaron hacia el panteón de los Dalman. Ella llevaba las llaves y le fue fácil abrir la puerta del oratorio.

—Esos lugares siempre me impresionan, pero tenemos que hacerlo —murmuró.

Cerraron la puerta. Claude miraba nerviosamente hacia el exterior.

Ella pidió:

—Enciende un fósforo. No veo la cerradura.

Claude, temblándole las manos, alumbró a la muchacha con una cerilla que permitió a la joven poder introducir la llave en la cerradura de la recámara.

La puerta de madera chirrió levemente al abrirse y al quedar franca la entrada de la pequeña estancia desprendió el vaho característico de los cementerios, un vaho impregnado de humedad, de moho.

Allí estaba el ataúd. Sólo el polvo indicaba el tiempo transcurrido.

Otra cerilla iluminó el vidrio del féretro. El polvo impedía ver el interior.

Los cerrojos de la caja estaban echados, pero resultaba fácil descorrerlos. Chirriaron cuando las manos vacilantes de la muchacha maniobraron para dejar libre la tapa.

Llegó el momento de comprobar si allí dentro había realmente

un cadáver.

Claude se quemó los dedos con el fuego de la cerilla y encendió otra.

La llama iluminó de nuevo la estancia. Claude aproximó el fósforo a la tapa que Ivonne comenzó a levantar.

Los ojos de la muchacha experimentaron todo el terror que la extraña e inexplicable situación le producía.

—¡Vacía! No... No está.

—Lo sabía. ¿Te has convencido?

—Pero yo estuve en el entierro... Yo vi...

Jadeante cerró la caja, luego la puerta y apoyó su espalda contra la gruesa madera.

—Claude... ¿Cómo te enteraste realmente? Dijiste... Dijiste que anoche...

Él guardó silencio.

—¡Claude! —exclamó ella de pronto—. ¡Tú estabas allí!

—Sí. Ya te lo dije...

—¿Qué pasó?

—Te... tengo necesidad de contarlo a alguien, Ivonne... Es más fuerte que el miedo que siento en estos momentos... Verás. Yo...

Se interrumpió. En el silencio ambos habían creído escuchar la misma cosa procedente del exterior. Unos pasos.

Claude calló. Ivonne tragó saliva.

Los pasos se aproximaban lentos y seguros hacia el oratorio de los Dalman.

Las pisadas cesaron de repiquetear sobre el suelo. Claude asomó hacia el exterior después de haber abierto la puerta con mano vacilante.

—No... No hay nadie —murmuró entrando de nuevo—. Va... vámonos de aquí.

—Ibas a decirme algo, Claude.

—¡Vamos al coche! —exclamó él.

De nuevo sonaron los pasos, siempre en la misma dirección. Siempre más cerca...

Ivonne se acurrucó al lado de Claude.

A continuación se produjo un largo silencio.

—Sea quien sea, no podemos salir ahora. Tengo la sensación de que nos están acechando —murmuró Ivonne.

El silencio se prolongó. Lo rompió Claude para confesar:

—Escucha... No sé lo que va a ocurrir, ¿sabes? Pero quiero que sepas que yo...

—¿Qué? —le animó ella a seguir.

—Fue sin querer, Ivonne. Fue sin querer, pero yo... yo soy el causante de la muerte de Nicole —declaró Claude definitivamente.

CAPÍTULO VIII

Tras una larga pausa, Claude prosiguió:

—Lo oí todo y me costaba creerlo... Yo había ido a la casa. No me gustó nada ese individuo: Marcel Dubois... Vigilaba la casa, quería entrar pero temía encontrarlo de nuevo... esa sonrisa extraña, esos aires... Bueno el caso es que él llegó cuando yo estaba en el jardín. Me escondí.

Hizo una pausa y relató la conversación que había escuchado. Luego explicó la llegada del policía y como, metido en la cocina, él le vio entornar la puerta y escuchar también cuando ya estaban hacia el final.

Claude entró en la casa. La parte de atrás estaba a oscuras y tuvo tiempo de ver cómo Marcel Dubois se alejaba. Pudo observar también cómo el gendarme iba tras él y cómo seguidamente entró al salón cuando Nicole se hallaba en una butaca sentada de espaldas.

Rememoró la escena.

—Ella había tenido un sobresalto. No me había reconocido al principio, pero luego avancé y colocándose al alcance de la luz ella lanzó un grito:

«—Tú...

»—Lo he oído —conseguí replicar.

»—Entonces... ¿Sabes que ese hombre...?

»—Sí, Nicole. Le has llamado Jean... pero no puedo creerlo. Está muerto. Tu marido está muerto... ¿Qué significa todo esto?

»—Vete —replicó ella—. No tengo nada que decir. He permanecido sola durante este tiempo. ¡Vete!

»—No, Nicole. No me iré.

»—Te lo suplico, Claude. Ni una palabra de esto a nadie. Ya he sufrido bastante...

»Intenté sujetarla por los hombros. Nicole se hallaba agitada,

nerviosa, al borde de una crisis.

»—Debes confiar en mí. Ahora más que nunca —grité—. Dime... ¿Qué es lo que pasó? ¿Cómo puede estar vivo tu marido? ¿Qué significa ese nuevo rostro... y la voz?

»Estalló en crisis. Nicole se ofuscó. Era demasiado tiempo de aguantar, e igual que le había ocurrido momentos antes en presencia de Jean le repitió ahora.

»Gritó, agitó las manos, golpeó con energía mi pecho.

»—Fuera. Déjame. Es mentira... Jean ha muerto. Tú no has visto nada, no has oído nada. ¡Fuera! ¡Vete! ¡Vete!

»De nuevo intenté calmarla.

»—Grita cuánto quieras, pero debes decir la verdad. Estás enferma. —Y procuré dominarla. Ella se comportó como una fiera acosada. Sus ojos amenazaban con saltar de sus cuencas. En algún lugar había una tijera que agarró con fuerza. La vi avanzar.

»—¡Domínate! —exclamé.

»Ella se abalanzó sobre mí. Tenía ganas de descargar todo el peso que había llevado oculto dentro de sí.

»Tuve que defenderme...

»—Por Dios, Nicole... Estás enferma...

»La empujé. Vi el peligro de aquella arma improvisada. Ella cayó hacia atrás, cerca de la escalera. Soltó la tijera y con los ojos muy abiertos se dio contra el borde del primer peldaño.

»—Nicole, Nicole —exclamé.

»Fue inútil. Lo único que pude hacer fue cerrarle los ojos, porque el golpe recibido fue mortal para la infeliz.

Claude cesó el relato que acababa de vivir y que le mantenía obsesionado. Tras un silencio añadió:

—Huí de allí como un criminal. Yo no quería... No quería...

—Debiste habérselo contado a Fierre Sinclair.

—No tengo valor, Ivonne... Van a detenerme. A encarcelarme. ¡Dios mío! Yo sólo trataba de ayudarla... El culpable es él. ¡Jean! Por eso cuando la policía le acusó callé. Callé porque en el fondo es lo que merece... Él ha tramado todo esto. Por su culpa Nicole debió vivir una pesadilla. No... No... digas nada, Ivonne —siguió tartamudeando.

La puerta se abrió de pronto. Una linterna enfocó el rostro de Claude cegándole por completo. Luego el poderoso haz de luz se

posó sobre los ojos de Ivonne.

La voz del nuevo Jean Dalman surgió detrás del foco.

—Una historia muy bonita, pero la sospeché esta tarde por tu forma de mirarme, Claude.

Zigzagó la luz y el recién llegado mostró el revólver con que encañonaba a los dos. Luego volvió a enfocar principalmente a Claude.

—Te he estado buscando y supuse que habías terminado por venir aquí... De día es demasiado peligroso y anoche, después de la faena que hiciste, tenías demasiado miedo. Siempre has sido un cobarde. No tuviste ni el valor de declarar tu amor a Nicole cuando yo aún no había aparecido en su vida. Luego me odiaste íntimamente por habértela arrebatado... aunque en realidad nunca luchaste por conseguirla... Te ensañabas conmigo negándome los créditos, viéndome sufrir cuando las cosas me iban mal... Pero soy más listo que tú y no permitiré que tú misma cobardía te haga confesar.

—¿Qué... pretendes?

—Es muy sencillo, Claude. De momento vengaré la muerte de mi mujer.

—¡No, no! —tartamudeó Claude.

—Y haré que jamás puedas hablar. Nunca se sabrá lo que ha pasado, porque yo sigo muerto.

Amartilló el revólver.

Un largo tubo adosado al cañón indicaba claramente que nadie podría oír los disparos, porque aquella pieza —un silenciador—, los ahogaría por completo.

—Vas a ocupar mi puesto en el ataúd. ¿Crees que alguien podrá buscarte aquí?

Luego volvió la luz hacia Ivonne.

—Es una lástima, mi pequeña prima —añadió—. Pero tú también sabes demasiado. Sí. Es una lástima...

Uno de los hombres encargados de la vigilancia del hotel donde se hospedaba Dubois había llamado cinco minutos antes a Pierre Sinclair.

—No está. Dubois se ha largado.

—¿Cómo?

—No lo sé... No lo sabemos. Pero por simple curiosidad

llamamos a su habitación por teléfono. No contestó nadie. Hicimos subir a un botones del hotel y no había nadie. Debe haber escapado por la azotea.

—¡Búsquenle! —gritó Sinclair desde el otro lado del hilo—. Ese hombre es peligroso. ¡Maldita sea! No se puede confiar en nadie. Que alguien se quede, salgo enseguida.

Marcel Dubois volvió a hacer chasquear el arma.

—¡No! —gritó ella.

Claude estaba demasiado asustado, prácticamente el terror le inmovilizaba. Ivonne, más decidida, intentaba salvarse, se abalanzó sobre Marcel.

—¡No! —volvió a gritar.

Forcejearon.

—¡Aparta! ¡Maldita seas! —renegó Marcel.

Sonó un disparo. Claude había intentado reaccionar, pero Marcel disparó a bocajarro. El normal estampido quedó reducido a un simple chasquido, pero Claude cayó hacia delante, contra Ivonne y Marcel.

La muchacha logró empujar a Marcel, que tropezó con Claude y al intentar disparar de nuevo sólo consiguió que las balas salieran hacia arriba.

Desesperadamente la muchacha había conseguido abrir la puerta y empezó a correr.

Marcel se levantó del suelo, salió fuera y apuntó hacia la silueta de la muchacha. Disparó, pero erró el tiro en la distancia.

Luego sonrió pensando que no tendría tiempo de llegar muy lejos. La siguió sin embargo tras cerrar la puerta del panteón.

Ivonne consiguió llegar hasta la salida. Llevaba unos sesenta metros de ventaja a su seguidor que continuaba con el arma en la mano. Un disparo certero bastaba para acabar con ella.

El terror a la muerte proporcionaba fuerzas a la muchacha que seguía huyendo.

Allí estaban los coches. El de Claude y otro más. Era el que Claude había robado.

Ivonne entró en el de Claude dispuesta a huir.

¡No estaban las llaves!

Tal vez las tenía Claude en uno de sus bolsillos, o quizá las había cogido Jean Dalman para impedir su huida. Salió del auto

lamentando el tiempo perdido.

Probó en el otro coche, pero tampoco las llaves estaban puestas. ¡Y Jean asomaba ya por la puerta de salida del cementerio!

La muchacha arrancó veloz, jadeante en una carrera contra la muerte que la perseguía con saña. Jean corría mucho más, ganaba terreno.

Ella cruzó el descampado en dirección a unas rocas cercanas en el arranque del sendero cuesta abajo.

Su perseguidor utilizó el coche. En breves momentos la alcanzaría.

El detective Pierre Sinclair estaba ya frente al hotel. Desde allí mismo llamó a casa de Claude y luego a casa de Ivonne. Naturalmente no les encontró.

Sólo en su coche se dirigió a casa de Claude en la rue de Majervols.

Buscó por la calle y se dirigió hacia el bar que estaba al otro lado de la calle frente mismo a la puerta del edificio donde vivía Claude.

Un hombre salió del bar y saludó al detective.

—Buenas noches, señor. Le he llamado antes para decirle que el tipo no ha venido. Bueno. Llevo más de una hora aquí y al menos no ha aparecido.

El detective pensó unos instantes.

—Salimos alrededor de las nueve de la casa de los Dalman. Claude iba con Ivonne, y ella tampoco está en casa.

El policía destacado por Pierre Sinclair no comprendió el soliloquio de su jefe.

Tampoco Pierre comprendía por qué se habían demorado tanto.

—¿Sospecha de ese hombre? —inquirió el policía encargado de vigilar la casa de Claude.

—Sospechaba en principio que Claude pudiera ocultar algo, por eso quise tenerle en observación. Esta tarde estaba más que nervioso asustado y su mirada no se apartó de Dubois. Fue una corazonada, por eso le ordené a usted que vigilara la casa, pero supuse que ya estaría aquí...

—Si no iba solo, quizá haya ido a divertirse con la muchacha. ¿No?

—No. Ivonne sintió demasiado la muerte de su prima... Tienen

que estar en otro sitio, y no se me ocurre más que... —se interrumpió para ordenar a su hombre—: Puede volverse a casa. Ya no le necesito.

Y el detective montó de nuevo en su coche y enfiló en dirección a Collonges. A buena marcha no tardaría demasiado en llegar. A aquella hora, menos de seis kilómetros de donde se encontraba podían recorrerse en cinco minutos. En cuatro, quizá menos porque Pierre pisó a fondo.

Ivonne seguía corriendo sendero abajo. Detrás los focos del automóvil a menos de treinta metros le anunciaron su próximo fin.

Dobló a la derecha por un camino de la campiña. Muy al fondo se silueteaba la forma de una casa aislada.

A la derecha del sendero una hilera de setos le ofreció refugio.

Cuando el auto se detuvo y Jean descendió había perdido de vista a su perseguida, pero no ignoraba que no podía hallarse demasiado lejos.

El hombre avanzó por el estrecho camino. Ivonne procurando sostener la respiración se hallaba escondida entre el follaje. Se acurrucó temerosa de que los fuertes latidos de su corazón delataran su presencia. Sabía que Jean la mataría sin piedad. Era una caza sin tregua, porque él se jugaba la libertad.

Y Jean continuó avanzando lentamente observando la hilera de setos. Comprendía que ella no podía haber ido muy lejos. Se detuvo un instante intentando horadar el silencio, escuchar el más leve ruido extraño al rumor de las hojas, al suave vientecillo del incipiente otoño.

Ivonne se movió levemente, una piedra se desplazó resbalando por una suave pendiente y chocando con otra. El leve ruido se le antojó un cañonazo y apretó los dientes.

Jean lo había oído, pero no sabía dónde. Avanzó unos pasos, tratando de orientarse.

Pierre Sinclair había consumido el primer minuto de su carrera hacia Collonges. A más de cien kilómetros por hora devoraba la ancha carretera hacia la salida del núcleo urbano central de la ciudad en dirección al distrito de Collonges.

Ivonne permanecía inmóvil, pensando en que estaba relativamente cerca de la casa de Nicole. Si pudiera llegar hasta allí y llamar a la policía.

Desde donde estaba gritar solo podía servirle para orientar al hombre que deseaba matarla para ocultar su secreto. Si ella moría posiblemente jamás se sabría la verdad.

Intentó deslizarse. Al otro lado de los setos, tras medio metro de pendiente había un segundo sendero junto a un pequeño canal para el regado de la huerta. Lo probó.

Su enemigo estaba muy cerca. Asomó un instante por entre el follaje tratando de captar la respiración de la muchacha.

Ella dio un traspié y produjo otro ruido. Jean surgió de pronto a unos seis o siete metros. Ella ahogó un grito y se metió de nuevo entre los setos.

Jean disparó. La bala no produjo el menor ruido, pero la joven tuvo la certeza de que había estado a punto de rozarla. Echó a correr de nuevo por el sendero entrando otra vez en la hilera de setos, de forma que cuando su perseguidor surgió al camino ella volvía a estar oculta, pero seguía corriendo por el otro lado. Ambos iban paralelos.

Era como el juego del gato y del ratón, pero no había nada de deportivo ni alegre en él, porque era un juego cuya apuesta era la vida. La vida de ella.

Habían transcurrido otro par de minutos y Pierre doblaba una curva cerca ya de la entrada de Collonges.

—¡Es inútil que te escondas, Ivonne! Nadie sabe que estoy aquí. Tú tampoco lo has dicho, ¿verdad? Querías hacer de detective tu sólita...

Trataba de encontrar la respuesta de la muchacha para orientarse. Pero ella estaba ya en el sendero y corría hacia la plaza del pueblo, hacia abajo.

Jean enfiló de nuevo tras ella. La muchacha le había tomado una poca ventaja que trataba de conservar.

Entró en la primera calle y dobló por un callejón que salía nuevamente al sendero. Más abajo estaba la calle y a unos cincuenta metros la plaza.

Los pasos de Jean resonaban tras ella y tuvo que detenerse en un portalón de una casa abandonada. Apenas podía contener la respiración y necesitaba aire. Sentía el sofoco de la carrera y el pánico de la muerte que podía llegar en cualquier momento.

Jean seguía buscándola. Ella miró hacia detrás. Al otro lado del

antiguo almacén había una salida. No dudó en correr hacia ella. Prefería reventar de cansancio, huir, huir...

Se halló en otra calle. La ruta normal para ir al cementerio. La plaza estaba allí mismo.

Corrió hacia la entrada de la casa de los Dalman. Pero Jean estaba ya allí.

La apuntaba con el revólver. La mataría allí mismo, sin piedad. Disparó una vez y la bala arrancó una esquirla de la pared que fue a parar a los ojos de la muchacha.

Cayó, tropezó, o acaso fue el miedo que ya no la sostenía.

Jean avanzó triunfante.

Entonces aparecieron los focos del automóvil al fondo de la plaza. La muchacha intentó incorporarse. Su perseguidor vaciló un momento. El auto paró y alguien asomó disparando un par de veces.

—¡Alto! ¡Deténgase! —gritó la voz de Pierre al ver que la silueta de Jean (Marcel Dubois para él) intentaba retroceder.

Jean se encontraba ahora cogido y disparó un par de veces contra el detective. Una de las balas atravesó el parabrisas del automóvil, con lo que el detective comprendió que disparaba con un arma provista de silenciador.

Entretanto Ivonne había conseguido refugiarse tras la verja de la casa.

El detective se volvió al coche y arrancó. No dio la vuelta a la plaza, sino que cruzó con el coche a través de ella, subiéndose a la acera.

Jean corrió desesperadamente. El detective asomó con un arma en la zurda y disparó para amedrentar al fugitivo.

Se revolvió Jean, pero tenía ya el auto prácticamente encima. Disparó sin precisar. Allí estaba Pierre aguantando el tipo, acosándole. El revólver del asesino había quedado vacío. Pierre detuvo el auto en el momento en que Jean al encontrarse sin balas arrojó el revólver con furia.

—¡Marcel Dubois! Considérese detenido —exclamó el policía.

Jean iba a decir algo. Su boca se agrandó. Se llevó las manos al corazón.

El detective le observó unos instantes. Los esfuerzos de Jean para hablar resultaron inútiles. Al fin pudo decir...

—Ayúdeme...

Pierre se aproximó.

—¿Qué le pasa? —preguntó con recelo. Jean parecía que iba a caer de un momento a otro. Parecía estar al borde de una crisis. Cuando Fierre se aproximó ocurrió algo inesperado. Jean había calculado sus posibilidades y golpeó al detective para lanzarse seguidamente hacia su coche.

Pierre había dejado caer el revólver a consecuencia de la inesperada agresión, cuando se revolvió Jean arrancaba ya con el vehículo. Pierre disparó intentando alcanzar las ruedas. Hizo reventar una, pero Jean consiguió enfilarse el sendero del río.

Corrió el detective hasta la altura de la casa. Recordaba haber enfocado a la muchacha con los faros del auto. Ella estaba allí, al borde del desmayo.

—Ha... intentado matarme... —balbució y luego buscó el apoyo de los fuertes brazos del policía.

Pierre la sostuvo. Ella aún no había conseguido normalizar la situación.

—Tranquilízate. No irá muy lejos. Ahora debo telefonear para que le impidan el paso.

Tenía la llave de la casa y la utilizó, acompañando a la muchacha hasta el interior.

Mientras el detective marcaba el número de teléfono, ella murmuró:

—Ha matado a Claude...

Pierre prestó atención en espera de la respuesta a su llamada.

—Es Jean... Jean Dalman. El esposo de mi prima Nicole.

Pierre volvió la atención hacia el teléfono:

—Orden de captura contra Marcel Dubois. Ha salido por el sendero del Saône en dirección a la ciudad. Bloqueen las salidas. Es peligroso... ¡Ah! Lleva mi coche. Ya sabe, el azul claro. Sí. Yo estoy en Collonges —colgó.

Ella se había levantado y volvió al encuentro del detective. Se abrazó a él como si aún sintiera la necesidad de que alguien la protegiera.

—Cuando estés más tranquila, me lo contarás todo. Ahora cálmate. ¿Hay algo de beber aquí? Necesitas un trago.

Buscó y encontró una botella de Calvados.

—Esto servirá —dijo.

Jean seguía huyendo a pesar del pinchazo, bordeaba el río, a un par de kilómetros de Collonges. Cerca tenía ya la carretera. A lo lejos sonaba el claxon inconfundible de la policía.

Trató de virar, pero le costaba dominar el auto. Se había metido por un terreno pedregoso y la rueda reventada era un hándicap.

Nervioso, incapaz ya de resistir la tensión algo falló en su interior. El breve titubeo fue suficiente para que el auto se aproximara contra uno de los árboles. Trató de esquivar. Su corazón ya no pudo resistir más. Aquella vez la crisis fue auténtica. Sin fuerzas ya dio media vuelta al volante, pero ya era tarde. El choque frontal puso fin a su carrera.

—Ese hombre ha muerto. Tiene una ligera conmoción, pero no es ésa la causa de su defunción. Un ataque cardíaco.

Eso fue lo que dijo el médico en el hospital donde Jean había sido trasladado.

El detective que ya conocía la historia que Ivonne le contó brevemente se aproximó al cuerpo exánime del muerto.

—Asegúrese bien, doctor. Ese hombre sufre ataques catalépticos. Puede que sea uno de ellos.

—Eso siempre es difícil de prever. Oficialmente se le puede dar por muerto, pero le dejaremos en el depósito —repuso el médico.

Los que habían sido designados para ir al cementerio, regresaron confirmando las explicaciones de Ivonne.

—El hombre está muerto —dijo un inspector, refiriéndose a Claude—. Un balazo a quemarropa. Debió partirle el corazón en dos.

Luego añadieron:

—Y como usted dijo, el ataúd estaba vacío. ¿Desea algo más, Sinclair?

—No, no. Váyanse a descansar. Esta noche ya ha sido bastante agitada.

Luego el detective se volvió hacia Ivonne que permanecía sentada en aquel despacho del hospital que habían cedido al policía.

—Vámonos, Ivonne. Te acompañaré a casa. Trata de descansar. Mañana completaremos la historia. Habrá que hacer un largo

informe. Tu colaboración va a ser muy valiosa.

Ella se levantó. Pierre la cogió del brazo. Hicieron el viaje en silencio, pero existía una muda compenetración entre los dos. Cualquiera lo hubiera podido advertir.

EPÍLOGO

Jean Dalman fue enterrado al cabo de tres días. Se habían tomado varias fotografías suyas para proceder a una completa investigación de aquel asunto. A la policía le interesaba conocer los máximos detalles posibles.

Al cabo de una semana Pierre tenía el informe bastante completo aunque la parte más fidedigna había sido obtenida por los datos que había podido aportar Ivonne.

En cuanto a la muerte de Nicole y de Claude se establecieron unas conclusiones definitivas igual que con el asesinato de Jacques, el pescador-voyer.

Cruzando el puente de la Universidad, Fierre mientras conducía su automóvil llevando al lado a Ivonne comentó:

—Lo ocurrido con exactitud no lo sabremos nunca, pero aproximadamente puede establecerse que Jacques sabía la verdad y aquella noche el matrimonio Dalman se enfrentó con él y Jean Dalman debió ser quien mató a Jacques... Luego se comprende la marcha de tu prima a Suiza. Era el punto de cita... Se ha comprobado que Nicole no tenía ningún dinero a pesar de haber cobrado un millón de francos y en cambio «Marcel Dubois» tenía una cuenta en Francia de quinientos mil francos, y otra en Suiza de casi cien mil. El resto debió gastarlo para las operaciones y para vivir durante ese tiempo, pero el caso está prácticamente cerrado y creo que es mejor no insistir sobre ello.

—Me costará olvidarlo —repuso Ivonne.

—Si me lo permites haré los posibles por ayudarte. Ella sonrió levemente. Se lo permitía. Se encontraba bien al lado de aquel hombre que raras veces perdía su buen humor, pero que sabía comprender el dolor ajeno.

Aquéel era un día de paseo, en un otoño que prometía ser magnífico.

El parque —La Tete D'or—, lejos del bullicio en la incomparable calma de su lago y bajo las amarillentas hojas de los frondosos árboles los dos podrían hablar de otras cosas. Podrían iniciar conversaciones más propias para jóvenes, porque Pierre era joven también y soltero y aquél era su día libre...

Si para la policía algunas de las cosas tuvieran que quedarse en hipótesis, hubo una que jamás nadie llegaría a saber. Algo que no tuvo testigos. La tuvo que vivir el protagonista: Jean Dalman.

La vivió en su tumba porque de nada le valió golpear la madera del ataúd, cuando despertó al segundo día de su entierro, débil, pero vivo de nuevo.

Sus gritos no fueron oídos por nadie y el ataúd estaba cerrado...
¿Quién se ocupa de los muertos?

Seguramente, allá dentro, Jean debió pensar que aquélla era la expiación de su culpa que debía pagar con la más terrorífica de las condenas: estar enterrado en vida.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] La Saône, junto con el Rhône, son los dos ríos que atraviesan de Norte a Sur la ciudad de Lyon y buena parte de su comunidad urbana. < <